

Isabel del Río

LA DUDA

de



Lectulandia

La voz narradora que nos introduce en estos catorce cuentos muy breves parece situarse en el punto de vista de un ser omnipresente, capaz no sólo de contarnos una historia mágica u onírica, de aventuras íntimas o antiguas leyendas, sino de sugerirnos cómo concebirla y de situarnos en el corazón mismo de la trama que va tejiéndose, que vamos tejiendo casi imperceptiblemente nosotros mismos, los lectores. Cuento tras cuento, nos irán atrapando las dudas, las paradojas, las contradicciones, los interrogantes que puede suscitar toda historia que afecta a lo más íntimo de nuestro ser, a nuestra propia identidad. Cuentos como «El parapeto», que nos remite a las sutiles claves que sostienen una relación amorosa, o «El diccionario», en el que acabamos por sospechar que somos como hablamos, o «La autora del fin del mundo» y «El caballo alado», que nos conducen a la perplejidad ante el futuro indescifrable y la magia de la creación, nos advierten con creces que Isabel del Río es una narradora que puede depararnos otras sorpresas.

Lectulandia

Isabel del Río

La duda

y otros apuntes para escribir una colección de relatos

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *La duda*

Isabel del Río, 1995

Ilustración de la cubierta: detalle de *Rind* (1955), de M. C. Escher, grabado en madera

34,5 × 23,5 cm

Fotografía de la autora: Simon Rae-Scott

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La duda

Notas al lector

La duda

Salomón

El parapeto

Tradescantes

El diccionario

La esmeralda

Nadie

El verbo

La autora del fin del mundo

El amuleto

La llave

Una exhumación válida

Solsticio

El caballo alado

Sobre la autora

NOTAS AL LECTOR

- 1) Cualquier parecido con lo real hay que atribuirlo únicamente a la coincidencia.
- 2) El orden de los cuentos es aleatorio, de modo que pueden leerse en la secuencia que se prefiera.

«... because I love you more than I can say...»

W. H. Auden

La duda

Cuando la definición se hace laboriosa, se tiende entonces a describir el objeto de estudio por negación de otros, y así todo lo que no es real es ficticio, todo lo perverso no es virtuoso, en eso se está de acuerdo (en este argumento habría que olvidarse de gradaciones o tonalidades; estamos hablando en blanco y negro). Aplicado este principio, la hipótesis no puede corroborarse más que contradiciendo lo opuesto. Sin embargo, en una premisa también pueden darse elementos de su contrario: así, en la ficción hay fenómenos reales (y en este caso por real se entienden dos cosas, lo que obedece a los parámetros definidos de antemano para esa particular disciplina, y lo que responde meramente a situaciones que suceden a diario); es más, algunas expresiones de la invención son más reales que otras (léase, se adecuan más a los criterios aplicados o son más intensamente verídicas). Si contrastamos novela y cuento, dos manifestaciones de supuestamente la misma *realidad*, nos encontraremos con que la primera permite una veracidad mayor, pues difunde lo que podría suceder o ha sucedido; el segundo, entretanto, se refiere siempre a lo que está a punto de suceder, pero de alguna manera esa gestación de realidad no puede llegar jamás a término (ni en la ficción, ni en el mundo real). La novela no tiene por qué ofrecer conclusión alguna al ser un fragmento arrancado al azar de un episodio mayor que no empiece ni termina (la propia eternidad si se quiere); el relato corto, por su parte, ha de estar siempre provisto de un principio y un fin, en otras palabras, se basta a sí mismo. El cuento no es más que una pregunta que ha de responderse *in situ*; sin despejar incógnitas no hay cuento, del mismo modo que no hay origen sin final. Sí puede existir enigma sin desenlace, pero no vida sin perecimiento, por lo que la novela es el enigma aún por resolver y el cuento un perenne recordatorio de la muerte.

Valga como ejercicio, sin embargo, un cuento sin final, sin consumación alguna: que el final lo decida el lector (o que lo invente); se narrará un misterio o acertijo sin la respuesta (o, por lo menos, la respuesta tan sólo se insinuará). Para ello se adoptará la forma primigenia de narración, la más

popular y al mismo tiempo la de mayor fantasía, de configuración universal pero también enraizada en las culturas particulares: el cuento de hadas.

En un mismo palacio del Oriente, en un reino desconocido en los anales pero que sin duda existió según lo confirma la tradición oral, habían vivido todos los reyes de aquella dinastía. Se contaba que el palacio estaba hecho de una única roca de granito, y en esta fábula fundaban su condición de deidad los monarcas de la estirpe, pues —decían— los propios dioses habían esculpido la real morada y la hicieron descender de los astros en las alas de un ave paradisíaca y de enormes dimensiones. De la dinastía los símbolos eran el penacho de cinco plumas (haciendo alusión al ave fundadora), el trébol de cuatro hojas y el triángulo de oro en cuyo centro se enlazaban dos diminutas figuras, un hombre y una mujer que sujetaban una tablilla y un instrumento semejante a la cítara; las figuras estaban ataviadas con hojas lobadas y a sus pies reposaban un puma y una gacela, bajo las cuales brillaba una única estrella de cinco puntas (de esta manera del uno se retornaba al número inicial, el cinco, y de la naturaleza a las estrellas). Tales símbolos sintetizaban el pasado dichoso del reino, cuando los animales, los bosques y cuanto en ellos crecía, la criatura masculina y la femenina, hasta las formas geométricas y de la naturaleza (todo lo creado e inventado, en definitiva), se dedicaban a cultivar —en cuerpo y alma— las artes y las ciencias.

Ya nadie, sin embargo, hablaba de aquellos tiempos, y el ideal de antaño cayó en el olvido; en el presente se favorecía la inmediatez como modo de vida y el despotismo como medio de gobierno. En realidad, casi todos eran déspotas, hasta muchos de los propios sometidos, quienes también subyugaban a alguien más débil que ellos. El razonamiento era el siguiente: los habitantes jamás se opondrían al monarca opresor si también ellos podían imponer, a su vez, el yugo.

En otros tiempos el reino había sido poderoso, y sus gobernantes reales esclavizaban con ferocidad a los países vecinos, despojándoles de sus tierras y riquezas. Pero todo eso era el pasado, pues hoy —el hoy del cuento— el país se había endeudado penosamente por la mala administración del monarca. Este último representante de la realeza había heredado de sus antepasados tanto la codicia más desusada como el desprecio hacia casi todo lo que no podía equipararse con un número determinado de monedas; también sobre él ejercían poderosa fascinación los juegos de azar.

Pese a sus facetas más groseras, el rey mudaba de aspecto en presencia de su única hija, e inspirado por su adoración hacia ella, sí hacía pequeñas incursiones en terrenos apartados de la multiplicación de sus caudales:

componía la música que se tañía en las celebraciones del reino así como los poemas que se recitaban para cantar la llegada del verano, según era tradición. La princesa —que danzaba siempre, a todas horas, seguida de sus tres esclavas que cantaban sencillas melodías acompañándose de un tambor, una flauta y una lira— era la posesión más preciada del rey, y por ser su posesión él era quien decidía acerca de su fortuna. En el reino se habían disipado todos los tesoros, pero la princesa, su hija, era más preciada que las perlas, más melodiosa que las cadencias que tanto le complacían, de mayor exquisitez que los indulgentes versos que componía.

El rey debía cientos de dinares a un único avaro, el cual sólo tenía ojos para la princesa. Era en realidad el avaro quien había despojado al rey de todas sus riquezas con los artilugios propios de su oficio. Llegó un momento en que la deuda se doblaba de un día para otro, tanto era el interés acumulado. El avaro vio que la ocasión le era propicia y le hizo al monarca una propuesta: le ofreció cancelar la deuda a cambio de su hija. El monarca se negó; no habría podido soportar la imagen de su hija entre los brazos de aquel pavoroso hombre curtido por la trampa y cuyas manos eran de un gris intenso de tanto erigir columnas de monedas. Ante la negativa real, el viejo avaro —consumido por la lujuria al contemplar la imagen intacta de la princesa— le ofreció su colección de perlas; era la colección más célebre de la época y de las tierras civilizadas, y se componía de un número exacto de perlas blancas y de perlas negras; según algunos, las perlas llegaban casi a la centena; según otros, superaban el millar. Pocos habían podido verlas de cerca; se consideraba un privilegio que se concedía únicamente a cuantos lograban ganarse la confianza del avaro, y se llegó a decir que las perlas no existían de verdad sino que eran una leyenda para afianzar el poderío de su dueño. Nada, se alegaba, podía ser más envidiable o temible que lo jamás conmensurado.

Aunque el rey rehusó en principio la propuesta, le atrajo la idea de contemplar de cerca el lugar del tesoro donde se conservaban las perlas (la mención de aquella riqueza le hizo dudar unos instantes de sus convicciones, y se le ocurrió que para aplacar la tentación lo mejor sería ver el tesoro por sí mismo; de este modo, conservaría en su mente una imagen real de las perlas y no una vacilante fantasía). Llamó a su hija y, en presencia del avaro, le explicó detalladamente las propuestas de éste, añadiendo que a la mañana siguiente irían ambos a ver de cerca la preciada colección, acompañados de un pequeño séquito y con el único propósito de admirar las perlas y congratular a su dueño. La princesa, acostumbrada como estaba a la sumisión, accedió a acompañar a su padre seguida de las tres esclavas de piel cetrina

(sería, además, la primera vez que abandonaba el palacio). Frotándose las manos, el avaro salió de los recintos reales; sabía que, gracias a su ardid, no sólo se haría con la princesa, sino que podría conservar, además, las perlas para siempre.

El avaro puso a disposición del rey una carroza de oro, incrustada aquí y allá de perlas blancas y negras y tirada por seis caballos pardos en cada uno de los cuales cabalgaba un robusto jinete desnudo; en tiempos mejores la carroza había pertenecido a la Corona. El rey llevaba puesto su gastado manto de terciopelo del color de la púrpura, aunque de las muchas piedras preciosas que en otra época ornaban aquella prenda sólo quedaban tres o cuatro. La princesa se había ataviado con su corpiño de seda verde y unos zahones de margaritas bordadas, atuendo que no era propio de su rango, pero nadie se dio cuenta porque se había envuelto en una túnica de gasa violácea; observaba, extasiada, la ruta que seguían, pues jamás había sido testigo de tal algarabía, no sabía ni siquiera de la existencia de las callejuelas y los bazares, de los mercados de frutas y de especias, del distrito prohibido, de los jinetes desnudos que cabalgaban contra el viento. Detrás de la carroza real venían tres cuadrigas de soldados y los dignatarios de la corte, todos los cuales ignoraban el fin de la visita; también con ellos iba un escuadrón del ejército particular que había forjado para sí el avaro. Trompetistas y flautistas a caballo precedían al séquito; las esclavas que bordeaban la ruta lanzaban pétalos frescos de rosas blancas al paso de la carroza; el gentío se había acumulado y todos contemplaban atónitos el espectáculo. Los más ancianos recordaban escenas parecidas del pasado, cuando los monarcas llevaban una vida fastuosa; hoy, tales manifestaciones de ostentación las hacía un hombre vulgar a quien casi toda la población debía sumas grandes y pequeñas.

La edificación que albergaba la colección de perlas se hallaba a bastante distancia de la ciudad, por un camino polvoriento que no parecía conducir a ningún sitio. Superadas las murallas de la ciudad, el séquito dejó atrás a los músicos y a las esclavas y sus flores. Desde el inicio del trayecto, el avaro no había dejado de observar a la princesa, con ojos concupiscentes y labios húmedos. Ella jugaba con el cinturón de seda de su túnica mientras le venían pensamientos jamás poseídos, tan nuevos como las propias imágenes que iba captando a cada momento. El rey observaba el paisaje estéril de la ruta y calculaba lo que podría hacerse con cien, quinientas, mil perlas. Las tres esclavas estaban postradas a los pies de la princesa y pese al calor respiraban quedamente para no agitar el aire con el movimiento de su cuerpo, pues de lo contrario podían ser castigadas con el látigo o el acero.

Cuando faltaban aún algunos minutos de trayecto, el avaro le pidió al rey que ordenara a su séquito detenerse y no proseguir, añadiendo que lo mismo harían sus hombres; de este modo, explicó, sólo el rey sabría la ubicación exacta del tesoro. El monarca se negó al principio, temiendo por su vida, pero le convencieron los argumentos de su anfitrión y finalmente aceptó. El resto de la ruta la carroza marchó sola; levantaba una polvareda al abrirse paso, pero eso no impidió que refulgiera más que nunca bajo el sol del mediodía.

Finalmente llegaron a su destino: el edificio en nada delataba que en su interior se hallaba el mayor tesoro conocido hasta entonces. No era más que una choza en mitad de una llanura de polvo, con tejado de paja y vigas de madera; el exterior ni siquiera estaba protegido por guardianes o soldados. Sin que nadie pidiera una explicación, el avaro señaló que, de este modo, nadie podía sospechar que allí estaba escondido su tesoro, y por ello el lugar jamás había despertado el interés ni de bandidos ni de curiosos; de todos modos, agregó, él tampoco era un iluso, y en el interior de la choza había diversas artilugios para impedir las entradas ilícitas.

Descendieron todos de la carroza y entraron en la choza. El interior nada tenía que ver con la humildad o tamaño de la vivienda; extraordinariamente, había un salón inmenso aunque oscuro, de mármol, con columnas cuyos capiteles no se podían ver, tal era su altura; las proporciones parecían no tener fin. Como no había ventanas, el avaro ordenó iluminar la estancia a los dos sirvientes que allí residían; así lo hicieron, con antorchas que iban sujetando en anillas prendidas a los muros de piedra tosca.

El fuego de las antorchas reveló el esplendor del lugar. El rey y la princesa y las esclavas se maravillaron ante aquel prodigio; estaban, parecía, en el centro de la infinitud pues, dondequiera que mirasen, todo se prolongaba más allá de los límites perceptibles; el avaro les pidió que no caminaran de un lado a otro de la construcción, sino que permanecieran en el centro mismo; además, los lados estaban acordonados de un extremo a otro.

Nadie comprendió que se trataba de una proeza de la ingeniería por la que hubo de pagar el avaro varias bolsas de oro: explicado de una manera sencilla, la hazaña no era más que un efecto óptico realizado con espejos sitos en los laterales y en el techo, de manera que las imágenes no dejaban de reflejarse unas en otras; a falta de luz natural, la penumbra —que se reflejaba una y mil veces— no hacía sino perpetuar las distancias.

En el centro de la estancia había un cofre de galápago y, cuando el avaro lo abrió, hubieron los presentes de retirar la vista, tal era el brillo de las perlas que centelleaban bajo el resplandor de las antorchas: las blancas parecían

soles eclipsados en todas direcciones por las negras. El rey hundió los dedos en el cofre y luego los elevó; las perlas le caían por las manos como enormes gotas bicolores. Ante la invitación del avaro, lo mismo hizo la princesa, sumiendo los brazos enteros y descubriendo que las perlas, sin ser frías, eran frescas al tacto y más suaves que su propia piel.

El rey estaba deslumbrado ante el tamaño y forma perfecta de las perlas: allí no había cien ni mil perlas, sino cientos de miles, se dijo, las blancas del color de la luna, las negras como una noche irisada; y le preguntó al otro si podía quedarse con alguna perla como recuerdo de un momento imperecedero.

El avaro le concedió el deseo con la siguiente condición: si su hija extraía dos perlas del mismo color, el rey podía quedarse con ellas; y para ello cubrió el cofre con un paño de terciopelo, rasgando con la espada una abertura por la que habría de introducir las manos la princesa. La joven enterró entonces los brazos en el terciopelo y extrajo una perla en cada mano; abrió las manos al mismo tiempo y se constató que ambas perlas eran perfectamente blancas. El rey, en su asombro, soltó una carcajada de alegría y las tomó de las manos de su hija. El avaro invitó a la muchacha a repetir la operación, y de nuevo las dos perlas eran blancas. Esta vez el avaro frunció el ceño y se aseguró de que no era visible el contenido del cofre a través de la abertura del terciopelo. Nuevamente, la princesa volvió a extraer dos perlas del mismo color, esta vez negras. El rey, saltando de regocijo, extrajo su bolsa de hierbas aromáticas que siempre llevaba consigo para combatir las indisposiciones, la volvió del revés diseminando el contenido verdoso en el suelo y depositó las seis perlas en su interior. El avaro entonces le dijo al rey que parecía que el azar estaba de su parte, de manera que ahora, si quería que el juego prosiguiese, habría una nueva condición: si las dos perlas eran del mismo color, serían para el rey; si eran de distinto color, el avaro se quedaría para siempre con la princesa sin tener que dar nada a cambio. El rey, amante de los juegos de azar, aceptó la oferta sin titubear ni oponer argumento alguno, al mismo tiempo que la codicia iba apresándose intensamente de su persona real. Y así fue como, de pronto, deslumbrado por el resplandor de las perlas y como en un trance, el monarca repudió el amor que le tenía a su hija, la poesía que componía en honor suyo, las melodías que tañía con su cítara; y, sin ni siquiera mirar a la princesa —cuyos ojos se habían vuelto vidriosos y a quien le temblaban los labios—, accedió a la propuesta. Durante unos instantes hubo un pequeño revuelo: las esclavas eran presa de un ciego entusiasmo pues pensaban que en aquel juego también se debatía su emancipación; los dos sirvientes de la

choza creían que tal vez sería posible llegar a prestar sus servicios en el palacio y estimaban que sus condiciones allí serían más favorables que las que ofrecía lo que, al fin y al cabo, no era más que una sala de espejos; el avaro pensaba en que por fin podría acariciar la carne rosada de una adolescente de sangre real; y el rey perdió terminantemente la cordura (como les había sucedido a tantos de sus antepasados; se decía que era consecuencia de la endogamia, pero otros alegaban que no era el pasado lo que contaba en este caso, sino el destino: la enajenación tempestuosa era el sino de aquella dinastía).

La princesa los observó a todos y leyó el sueño que se desdoblaba en los ojos de cada uno; allí, sin más y con la mayor prontitud, se había decidido su futuro. Miró de nuevo en derredor suyo (y recuérdese que todo esto ocupa apenas unos instantes, que fueron por otra parte decisivos) y no vio más que las alturas imposibles y lo inalcanzable de los capiteles; le dieron escalofríos aquellas dimensiones, pero más la asustaron la exaltación del rey y la lascivia del avaro, el enardecimiento de guardianes y esclavas. Y, rodeada de tanta sinrazón, volvió a contemplar las dimensiones inauditas..., por fin concluyó que nada de lo que allí sucedía era posible ni justificable: ni el hecho de que fuera el azar quien decidiera su destino, ni tampoco el palacio esculpido en una choza. Y debido a que —en esos escasos instantes, se repite— todos eran presa de una ofuscante exaltación, saltó la princesa, sin que nadie la viera, a la zona acordonada para observar de cerca los muros de aquel palacio imposible.

Como había poca luz era difícil apreciar las junturas, pero la princesa se apercibió de que las columnas aparecían hendidas cada corto trecho y se perdían en el infinito; puso la mano en el muro, y éste era lustroso y frío; era un espejo, comprendió, un espejo seguido de otro y de otro; allí no había magia alguna, todo era un espejismo y poco tenía de prodigioso. Llegándose hasta un estrecho hueco entre dos vidrios azogados, la princesa se asomó y contempló el mecanismo que sostenía el supuesto palacio; detrás de aquella insinuación de eternidad no había más que hoscos tornos, cuñas, palancas y poleas, todos los cuales disentían inadmisiblemente de la novelesca mentira a la que daban vida. Vio también, sin saber lo que era, un mecanismo hidráulico que controlaba los pistones y émbolos que ponían en funcionamiento varios resortes que a su vez abrían numerosas trampillas del suelo para aprehender a los saqueadores; a un lado de este artificio vislumbró un haz de luz natural; era otra ruta al exterior.

Transcurridos esos escasos instantes, regresó la princesa a la escena —el tiempo parecía haberse detenido para los otros mientras ella hacía su

descubrimiento—. Y sin dudarlo, le dirigió las siguientes palabras al monarca: «Padre, acceda a los ruegos de este gran señor; las perlas emergerán del cofre de dos en dos hasta que sean de color distinto; al llegar aquí he observado la nobleza de quien posee este palacio y no tengo reparo alguno en llegar a ser suya muy pronto. En honor de ambos, bailaré. Una perla os entregaré y la otra la conservaré yo hasta el final de la danza».

El rey apenas había escuchado las palabras de su hija, pero sin duda sirvieron para apaciguar las livianas oscilaciones que aún producía su conciencia; el avaro sonrió porque su plan estaba en proceso de materializarse.

La princesa les pidió a sus esclavas que interpretaran una de las melodías que tanto le gustaban a su padre y que no dejaran de tocar sus instrumentos por nada. El rey soñaba con más perlas que agregar a su bolsa, el otro meditaba sobre las largas noches que habría de pasar junto a la princesa. La joven se despojó de la larga capa y todos vieron que estaba vestida de bailarina, el rango más bajo de la ciudad, pero movía brazos y piernas con tanta distinción que nadie pudo decir nada: llevaba pulseras de oro y tobilleras de plata que tintineaban al bailar, y se desplazaba con exquisita agilidad por el pequeño recinto. Todavía bailando, introdujo las dos manos en el cofre y las sacó con los puños cerrados, sin revelar el contenido; y siguió bailando para prolongar la tensión de los dos hombres. Las ondulaciones de su cuerpo y miembros se sucedían en paralelo a la música repetitiva: un movimiento de la pierna derecha coincidía con otro del brazo izquierdo; giraba y giraba, alborotados los cabellos, los puños firmemente cerrados, la sonrisa permanente de quien sabe que va a salir victoriosa. De pronto, saltó superando el cordón y desapareció detrás de uno de los espejos sin que nadie comprendiera lo que había sucedido.

El avaro se sobresaltó pero permaneció callado porque estaba convencido de que en este juego iba a ganar. Al instante, los presentes soltaron un grito de asombro y creyeron que eran víctimas de un sortilegio al mirar en aquella dirección. Se vieron primero dos puños blancos cerrados que se apartaban el uno del otro simétricamente, seguidos de dos brazos unidos por los codos; luego, poco a poco y con gran lentitud, fue apareciendo el cuerpo entero, y finalmente el rostro, que primero era fino como una llama y luego se completó para revelarla tal como era. La princesa había ido haciendo visible pausadamente la mitad de su cuerpo mientras que la otra mitad era un mero reflejo, y así al abrir la mano con la perla blanca, se veía reflejada la otra mano con una perla del mismo color; se guardó la perla oculta en el refajo y

la otra se la entregó al rey. Y repitió la danza: a veces la perla que revelaba era blanca, otras era negra, pero la segunda mano —idéntica, reflejada— tenía siempre otra perla de igual color. El espectáculo adquiría visos de paroxismo, porque la princesa bailaba más y más aprisa y sus movimientos estaban dotados de cada vez mayor impetuosidad; el avaro, aunque se sentía exaltado ante el delirio de la danza y la música envolvente, quiso señalar que ella estaba sirviéndose de la misma trampa que él, pero no fue capaz; no podía moverse ante la visión de tanta belleza al son de aquella música, y además se habría delatado delante del rey. Pensaba que, antes o después, la muchacha dejaría de jugar con los reflejos y mostraría dos perlas de desigual color y se postraría a sus pies, en un acto de total sumisión. Los demás estaban embelesados doblemente, la gracilidad de la danzante y la magia de las perlas de igual color.

Aquella danza se repitió muchas, muchas veces. La princesa tenía ya más de cien perlas en el refajo; decidió que la siguiente sería la última perla, así que al desaparecer detrás del espejo desenchajó dos pistones sin saber lo que accionaba cada uno: uno sujetaba los laterales, otro tendía las trampas.

Como los espejos pendían unos de otros, comenzaron a desplomarse con gran lentitud y sin apenas ruido; los presentes tardaron unos momentos en comprender lo que sucedía, y por ello no reaccionaron prontamente hasta que uno de los espejos se desplomó sobre el cofre y saltaron las perlas por el aire. El rey y el avaro se abalanzaron sobre el tesoro e intentaron recuperar las perlas blancas y las perlas negras. Entretanto había fragmentos de espejos por todos los rincones y se abrían y cerraban las trampillas situadas aquí y allá; por una cayó uno de los guardianes y murió ahogado en pocos instantes, pues el profundo hueco estaba lleno hasta los bordes de aguas fangosas; las tres esclavas perecieron al caerles cristales como dagas en el cuello y en la espalda; el segundo guardián logró huir despavorido, abriéndose camino en aquel laberinto. Las antorchas se desplomaron sobre los cortinajes de terciopelo y los prendieron; a la confusión y los alaridos se sumó el fuego. La princesa lo observó todo desde el umbral de la galería que comunicaba con el exterior. El rey y el avaro enloquecían en sus intentos de recobrar el tesoro, pero no veían sino el reflejo de las perlas, y, al intentar asirlas, sus manos se golpeaban contra la plana superficie de los espejos rotos. No todas las perlas habían caído en las trampas abiertas en el suelo, pero las imágenes reflejadas en los fragmentos de los espejos eran miles, tal vez cientos de miles. La única quietud era la de los cuerpos exangües de las esclavas, el único silencio, el de los instrumentos mudos. Al mismo tiempo que intentaban hacerse con las

perlas, los dos hombres gesticulaban desesperadamente y con extravagancia para no caer en los pozos que se abrían y se cerraban de continuo y a un ritmo desigual a fin de atrapar implacablemente a los bandidos y a los intrusos.

La princesa se apostó en la puerta de salida. Era ya el atardecer y vio a lo lejos a los seis jinetes bruñidos que jugaban a lanzar flechas contra cualquier blanco; no se habían apercebido ni del estrépito que estaba produciéndose en la choza ni de la huida del guardián. También allí fuera la esperaban los seis caballos pardos, la espléndida carroza, el camino expedito hacia el horizonte dorado. Palpó lo abultado del refajo donde había escondido las perlas; no, reflexionó, no le faltarían riquezas.

Y en ese momento en que todo estaba listo para llevarse a cabo, la decisión tomada, la justicia hecha, la libertad ganada, entonces —en esos pequeños instantes— la princesa se puso a pensar... en su padre, el rey; en el palacio; en el avaro; en las esclavas; y se quedó pensando mientras en el interior de la choza los dos hombres luchaban con exasperación por lo que quedaba del tesoro y el fuego todo lo consumía y las perlas regresaban al fango, y allí fuera, los jinetes de cuerpo desnudo arrojaban flechas contra la rama hendida de un arbusto seco en la lejanía. Y la princesa pensó y pensó y pensó.

Salomón

Texto en el que basar un relato prolijo y de un cierto interés histórico, y una segunda narración que se intercalará a modo de larga frase: el primero es prácticamente una arenga y la segunda una justificación de la existencia de quien la pronunció. En este ejercicio se observará que la larga frase entre comillas —pese a su simplicidad— permite una exposición más detallada que el monólogo (sin más punto que el final, por otra parte).

«Cuando en el gran templo de Salomón», decía, sin dejar de mirarme a las pupilas con desazón, «aparece una mancha de aceite procedente de la excelsa y monstruosa lámpara de cobre», lo expresaba con colosal vehemencia, como si ella misma hubiera atestiguado el episodio milenario, hubiera conocido el tabernáculo de la reunión, el *debir* de oro puro, los capiteles de bronce fundido como flores de loto, el estrado del *hekal* en cuyo centro tomaba asiento el dios real, las esfinges aladas y la sala de audiencias de Yavé, hubiera tenido noticias del proyecto talmúdico aún por edificarse y hubiera sido capaz de olfatear el aroma del óleo rancio que caía con pesadez, amarillento —sólido y no líquido, parecería— sobre la alfombra sin nudo de tonos vivos y consagrados para preservar la calidez sobre el suelo de piedra marmórea, alfombra con efigies anónimas y abstractas porque ese dios no puede ser representado, según se decía mucho antes de que se abandonara el arte sacro recóndito sucinto en aras de la ilustración lustrosa gratuita de uno y de muchos personajes asociados, por motivos oscuros algunos, con la divinidad y la jerarquía celestial, hasta las virtudes, la pasión o su falta, el alma y sus excesos, todos ellos humanizados —en un intento de recuperar el animismo para la religión dominante, aquella fe primitiva del ser arcano, sin culpa ni sofisticación e inmerso tan placenteramente en la naturaleza—, se abandonara el solaz de la caseta de madera erigida sobriamente en el desierto por el maleablemente majestuoso templo de círculos concéntricos para ahuyentar a los eclécticos con aquellas dimensiones inauditas, de corredores impenetrables y recintos de niebla, rayano el concepto arquitectónico en la pura y deleitable especulación del espíritu, puente tendido entre metafísica y

matemática, tal vez como si ella hubiera sido la autora material de verter el espeso licor sagrado sobre la cobertura de pelo de camello, «entonces», agregaba a modo de conclusión, como si fuera la conclusión a la que sólo hubiera llegado ella desde el principio de los tiempos, los ojos encendidos y finos como rendijas de fuego, los labios a punto de espuma, el cuerpo prieto como un puño, «el necio la señala con el dedo» y, erecto el índice en dirección del suelo en ángulo de cuarenta y cinco grados, fruncía el ceño sobremanera y miraba con sorna y desprecio y altanería, y acto seguido agregaba con dramatismo y triunfal la conclusión de ese brevísimo relato, anécdota nimia, asalto inocuo, fábula inmerecedora incluso de literaturas populares y que narraba varias veces seguidas (puede que hasta la saciedad en algún momento) cuando la ocasión se prestaba a ello, ¿y qué ocasión, según ella, a ello no se prestaba?, «y el sabio la cubre con el manto», y lo explicaba gesticulando ampulosamente con los brazos, queriendo desasirse de una invisible y pesada capa, dejándola caer como si en ello hubiera un gesto de liberación definitiva de un octópodo desmesurado, y miraba hipnotizada en dirección al suelo, donde creía ver —convencida de su palpable existencia— esa mácula de aceite, de color inmaterial, ese accidente, defecto, imposibilidad que había que ocultar a toda costa, aun a expensas de la verdad diáfana y tan supuestamente fatal.

El parapeto

Hay un hombre que decidió un día erigir un parapeto en torno suyo: de gestos y palabras, pero también de sentimientos. Para hablar de este hombre podría iniciarse el relato con algo meramente anecdótico (al menos así eran para él estas cosas): fue una confesión que le hiciera alguien a ese hombre, pongamos por caso una mujer. Una mujer que, por ejemplo, se hubiera enamorado sin más y estrepitosamente de ese hombre (y como presentía la existencia del parapeto, lo quería derribar para hacer suyo a quien hubiera al otro lado). El objeto de este ejercicio sería demostrar que el hombre, defendiéndose con uñas y dientes de esa posible intrusión en su intimidad, está dispuesto a recurrir incluso al simulacro, o dicho de otro modo menos fatídico, está dispuesto a ampararse en la irrealidad. Se demostrará con el presente texto que los individuos prefieren proteger las posiciones ocupadas, aunque sean insatisfactorias o desechables, antes que descubrir territorios no explorados en los que tal vez les espere la dicha o la fortuna: no pierden de vista el peligro de malograr lo conocido y de ganar muy poco a cambio, y se justifica la pasividad aduciendo que la hondura de la belleza o bondad de lo nuevo se terminará canjeando por el arrepentimiento y por recuerdos ásperos e imprecisos. En todos produce desasosiego lo irreconocible, pero para algunos —los menos, los más impresionables— la hazaña está precisamente en el descubrimiento; aunque la novedad lleva en sí un germen de amenaza a lo establecido, en ella es visible el destino que nos arrastra, y a veces es inevitable —y hasta hermoso— dejarse arrastrar.

El relato se dilatará a propósito porque el tema requiere un tratamiento confuso o laberíntico, esto es, emprender un rumbo, seguir por otro, intercalar un texto (que aquí se facilitará en la versión definitiva como sueño narrado, y no en forma de apuntes), todo ello con pasajes de exposición que contendrán información detallada y en la que no nos adentraremos pues se dejará a la discreción del autor: habrá un largo pasaje sobre el pasado del hombre en cuestión, donde se narrará su infancia en la que se sentía excluido de su familia por determinados defectos somáticos (de nuevo, que especule el

autor), su adolescencia en la que se le marginó por diversos motivos (seguramente porque comprendió que las enseñanzas que le impartían podían también ser profanadas del mismo modo que le profanaban el cuerpo las afecciones que padecía), se describirán los países en los que vivió siempre como extranjero (hasta el suyo propio, a la larga, terminó siendo un paraje ajeno e incomprensible), sus relaciones fallidas con otros seres; y por último, el presente: sobre el presente no se dirá nada en estas notas, no se divulgará si el hombre es o no feliz; que el autor decida si el camino que ha elegido ese hombre es el que de verdad quiere, o si se ha equivocado una vez más y es consciente de ello, pero prefiere no hacer caso de sus dudas.

La tesis del texto será ésta: el hombre ha sufrido excesivamente en su carne la deslealtad, el infundio, la injuria..., pero más que nada el desengaño, y nos serviremos de este término al existir un engaño doble aunque dispar: él había vivido siempre engañado, pues los que debían amarle no habían hecho sino engañarle en todo momento (véanse las dos definiciones de *engaño*: la primera trae a la mente el término ilusión; la segunda, falsedad); en definitiva, hubo una mayoría que le traicionó, y algunos hasta dijeron —los más allegados— que su vida no era más que una farsa por cuanto él había sido testigo de lo barata que se vende la existencia y había conocido de cerca los peores vicios —*llegué a respirar su fétido aliento*, se le oía decir a menudo—; para ello se incluirán diversos episodios en los que, por su trabajo, estuvo en contacto con numerosos y trágicos abusos de todo tipo (con la forma y detalles que decida el autor).

Legítimo tal vez no, pero sí era esperable, pues, que el hombre hubiera erigido defensas en torno suyo, nutrido el parapeto hasta hacerlo insondable; la convivencia con esa fortificación le venía de antiguo y ya no concebía actividad alguna sin ampararse detrás de las murallas: el parapeto y él formaban una sola cosa, y hasta su carne se volvió impenetrable.

Pero no terminaba ahí el ardid defensivo: además del grande, había medianos y pequeños parapetos que se erigían según los requerimientos; levantaba altas torres de retórica, se expresaba siempre con símiles, se dedicaba en su tiempo libre a aficiones para imponer colosal distancia entre él y los otros (el retrato o la poesía conceptual o el fetichismo). Era bien conocido por sus largas disquisiciones sobre cualquier cosa, pero lo que decía no tenía el propósito de convencer al interlocutor ni de ganarse acólitos para sus doctrinas, sino meramente de hacer amagos de confianza o amistad, de comprobar hasta dónde podía llegarse sin que nadie traspasara esa frontera que había trazado dentro de sí; esto es, al oyente le daba una falsa confianza,

le permitía entrar en una supuesta intimidad, pero ese trecho recorrido no era más que el umbral del umbral. De este modo, todos creían conocerlo, y se alababa, por encima de todo, su franqueza; sus amigos —que no abundaban, por otra parte— estaban erróneamente convencidos de que su vida era un libro abierto; en realidad, las páginas estaban firmemente selladas y ya ni él podía leerlas.

Ocupado como estaba en este ejercicio defensivo de la aurora al ocaso, aparece en la vida de este hombre (como se anunciara al principio) una mujer.

Sobre ella se hará otra breve descripción, pero no habrá que explayarse en exceso ya que no difiere excesivamente de él: es alguien que siempre está en proceso de irse por algún motivo, aunque luego no lo haga (si se quiere, ilústrense las razones con algo abstracto, expresado como juego de palabras: cobardía o falta de audacia, introversión o exceso de celo, etcétera, según los recursos estilísticos del autor).

Como indicábamos en estas notas, el relato se inicia con la confesión de ella, que le llega a él, según manifiesta, como algo del todo inesperado. El amor del que ella le habla no se refiere a nada pasajero ni tampoco puede satisfacerse sólo carnalmente; hay lujuria, sí, pero las sensaciones se confunden unas con otras y no es fácil clasificarlas: el autor del relato delatará que ella atraviesa un momento especialmente doloroso, y la tachará de irreflexiva para denotar, con un cierto desprecio, que habría sido preferible no proceder como hizo, aunque deje vislumbrar que ella no se arrepintió —en ningún momento— de nada (se trata, después de todo, de un relato acogido al raciocinio; el autor no deberá estar de parte de ninguno de sus personajes — todos y ninguno tienen razón—; no conviene que el lector piense que las simpatías van hacia ella ni que el hombre es el único culpable); se explicará que ella ha perdido la noción de realidad temporalmente, empujada por el frenesí, el delirio u otro diagnóstico literario, mientras que el otro —el hombre del parapeto, esto es— pretende no comprender y sigue firmemente en sus barricadas, hace oídos sordos a lo que, para una persona ajena al caso, parecería una súplica o una invocación.

Una vez anunciado el desenlace de la confesión, se hará una retrospectiva de cómo llegó a desembocar la situación en tal ardor por parte de ella: se formulará una lista exhaustiva de sus encuentros para así indicar cómo fue aumentando la intensidad con el trato; sus furtivas reuniones se inician con diálogos sobre temas vagos y terminan con intercambios acerca de materias más consecuentes, pongamos por caso el destierro o la mortalidad; su trueque de objetos comienza con algún libro querido y termina con fotos del pasado y

con textos de la mayor intimidad. Ella creía estar demoliendo, piedra por piedra, obstáculo por obstáculo, el parapeto; imaginaba que había ido cayendo aquel escollo defensivo al mismo tiempo que ella se había ido descubriendo, permitiéndole a él irrumpir en su inteligencia, revelándole sus propios artefactos de defensa y sus bastiones secretos y los pensamientos oscuros. Se resaltarán el hecho de que para las demás cosas era en esos momentos ciega, ni siquiera le importunaban las consecuencias posibles de sus actos; tenía en sus manos, estaba convencida, algo que no podía medirse con los preceptos acostumbrados; no sólo era posiblemente indescifrable, sino que además pertenecía a otra esfera de la revelación, tal vez maldita, pero ciertamente suprema.

El paso siguiente, el lógico, fue una fuerte conmoción interior; de esa inquietud se pasa a la compasión y a la ternura; de ahí a emociones disparatadas, tanto las felices (y que no había vuelto a tener desde hacía mucho tiempo) como las más irrefrenablemente melancólicas; todo ello terminó adquiriendo la forma de una titánica impetuosidad que desbordaba cuanto estuviera a su paso como una marea o una criatura colosal y portentosa que se hubiera despertado en su seno; un día, la mujer llegó a pensar que era presa del delirio y que le había sobrevenido una enfermedad incurable y febril. Fue así como nació en ella esa particular obsesión que llaman amor. Se explicará llegado este punto que comprendió que era amor y no otra cosa sombría o temible cuando volvió a ver al hombre del parapeto: le sobrevino un extraordinario deseo de idolatrar o postrarse como los fieles en un templo, y tomó de pronto conciencia de lo que le había sucedido, mostrándose sumisa ante el poderío de aquella intensidad, o fervor si se quiere, sin oponer resistencia ni cuestionar su probidad. En resumen, no cabía otra posibilidad; es decir, haber procedido de otro modo habría sido psicológica, y hasta filosóficamente, imposible: el amor como conclusión era lo natural y justo. Y cuando brotó el amor, lo hizo en torrente, lo impregnó todo sin miramiento alguno. No había lugar en la argumentación para razones de conveniencia. En su exaltación había llegado ella a rebasar lo puramente acaecido y, superando aquel río de torbellinos, alcanzó la orilla opuesta, que era azulada y serena y de cuya existencia no había tenido conocimiento hasta entonces (el tono del relato irá intensificándose hasta llegar a una apoteosis, que ya en estas notas es palpable...).

La confesión deberá ocupar varias páginas en las que ella establece comparaciones, habla de él también en términos absolutos, y le hace partícipe de sus sentimientos, procediendo a un meticuloso análisis de por qué siente lo

que siente. Finalmente, intentará someter al otro a un breve interrogatorio, pero él no hace sino negarlo todo, alegando que su comunicación es meramente periférica, que no hay más, que no puede haber más. Ante la insistencia de ella, el otro dice que si ha habido alguna insinuación de su parte no era intencionada. El autor hará resaltar la disparidad existente entre los dos personajes en este intercambio de palabras, es decir, entre lo teátrico de los términos con que ella se expresa, y la yerta (y hasta inelegante) ligereza con que él despacha toda la cuestión. Habrá un breve enfrentamiento entre los dos, expresado no como diálogo sino como párrafo donde lo hablado se indicará en cursiva y en el que ambos intentarán defender y justificar su postura: ella vuelve a exhibir la intensidad de lo que siente; a él no le queda otra opción que hacer más alto el parapeto. Ella entonces le dice *¿por qué levantas ese parapeto?*, como si estuviera viéndolo con los ojos delante de sí, ante lo cual el otro se sobresalta. Es la primera vez que oye la mención del objeto que siempre le ha acompañado; es más, ni siquiera le había dado nunca un nombre, y le parece que la palabra *parapeto* se adecua perfectamente. Estaba convencido de que hasta entonces nadie se había percatado de la existencia de esa fortificación: era su secreto y su defensa. Decide que no puede negar la existencia del parapeto, pero tampoco explicar las razones que le llevaron a erigirlo. Por ello —en un callejón sin salida— responde diciendo *no debes quererme porque yo no soy nada*, y lo ilustra contándole a ella un sueño reciente.

La narración del sueño será un habitual recurso literario, o el cuento dentro del cuento, y con ello se indicará que la fantasía es insaciable, o que hay otras fantasías dentro de cada fantasía; en resumen, se insinuará con el texto que nunca se pisa tierra firme porque cuando uno despierta de un sueño es que está entrando en otro.

Éste será el sueño que él narra en defensa propia:

«Había una aldea que no tenía nombre porque nadie preguntaba por ella; ni sus habitantes la nombraban. Estaba en un lugar remoto; ya ni siquiera pasaban por allí las caravanas de camellos. Habían transcurrido varios años sin caer la lluvia y estaban agotados los sacos de grano y los pozos y fuentes. Las tierras eran yermas y sólo crecía la maleza, pero sus habitantes soñaban con la fortuna y el esplendor, porque eran al menos libres para soñar. Un día decidieron que habría que construir algo de importancia, erigir un monumento que hubiera de sobrevivirles a todos (el sacerdote —consultando los astros y

los vientos— había vaticinado el final del poblado antes de la tercera luna llena); así que, en su afán de inmortalidad como el resto de los humanos, se dispusieron a iniciar las obras. El monumento —seguramente porque en la cultura de aquel pueblo el círculo era un símbolo mágico de fecundidad y éxtasis— cobró la forma de muralla circular en torno a la aldea. El terreno era pedregoso y enseguida la muralla ganó altura: era una erección sin argamasa y las piedras se hacían encajar unas con otras. Llegó a ser de más altura que un hombre, pero los habitantes — pese a su enorme extenuación— no dieron entonces por concluida la obra. Siguieron acomodando piedra sobre piedra, para lo cual se erguían sobre unas escaleras que inventó uno de ellos con forma de tijera. El muro no tenía puertas ni ventanas y llegó a ser tan alto que el cielo se convirtió en un círculo azul en la cúspide: sólo cuando hubieron concluido la obra, comprendieron sus autores que se habían encerrado a sí mismos dentro de su propia creación. Pero era demasiado tarde para echarse atrás y, además, para liberarse habrían tenido que demoler la muralla; la demolición habría supuesto su muerte y, de cualquier modo, faltaba ya muy poco para que se cumpliera el presagio de la destrucción final del poblado. Bajo el alto sol del desierto brillaba la piedra caliza y desprendía destellos que se veían desde muy lejos y que despertaron la curiosidad de los nómadas que recorrían el horizonte. Los que buscaban la revelación en los objetos y en las palabras decidieron un día acercarse a aquella construcción; allí creyeron descubrir su destino y se asentaron en sus proximidades; estaban convencidos de que aquél era un obelisco en honor de la estrella del norte que les guiaba en su rumbo por las tierras apartadas. Corrió la voz y fueron llegando los habitantes de otros poblados; algunos sacrificaban animales junto a las murallas y levantaban altares. El lugar era sagrado, decían los humildes advenedizos, porque se oían voces y susurros de su interior; se creía que las piedras y el terruño proferían misteriosos clamores y juramentos. En realidad, eran los lamentos de los habitantes del poblado que iban muriendo de sed y de hambre, pero también de la turbación que les producía el escuchar, a su vez, el murmullo de las plegarias —retumbaban los cánticos disonantes al entremezclarse las voces de las distintas tribus— que les llegaban del otro lado. Dedujeron finalmente que su poblado remoto había alcanzado gran fama por las murallas que se erguían en torno a ellos, y ahora todos lo conocerían y por allí pasarían todos los viajeros de la región; la aldea, al fin, tendría un nombre que hiciera honor a su existencia.

»Cuando un día cesaron del todo las voces interiores, los visitantes ya habían edificado viviendas de adobe y hasta un pequeño bazar donde se

hacían transacciones de víveres; en el lado del amanecer se levantó un altar permanente, y en el lado del sol poniente se excavaron fosas y se hizo un cementerio. Las invocaciones fanáticas y el griterío fervoroso de los fieles finalmente acabaron, por algún motivo inexplicable, con los años de sequía y escasez, y cayó una lluvia fina pero penetrante durante semanas, de modo que las tierras secas se convirtieron en vergeles, el paisaje estéril fue frondoso, el follaje maduró del verde más cegador. La muralla pasó a ser el centro de una renombrada población y llegaban peregrinos de todos los rincones y se cantaban los milagros que supuestamente obraba la construcción en cuantos la tocaban con la palma de la mano. Y pasados los años, los más ancianos, que habían oído las voces misteriosas, fueron proclamados hombres santos y se les permitió vivir en el templo magnífico que había sido construido en torno a los muros primeros; para entrar en el templo había que hacer entrega de algo de valor, preferiblemente oro o piedras preciosas; sólo el hecho de pisar el interior del santuario, decían, le confería al creyente vida y bienes eternos.

»Al otro lado de las murallas sólo había el polvo de los cadáveres y el polvo cósmico que descendía del cielo, pero esto no lo sabía nadie. Un día, el Gran Guardián del Templo —pues ya existía una jerarquía para custodiar la torre contra los estragos de los decenios y para administrar el tesoro y las monedas que iban acumulándose día a día— ordenó que se erigiera en secreto y de noche una torre de madera para ver lo que contenía aquella estructura circular. Cuando la torre hubo superado la altura que hasta entonces se había prohibido exceder, el contorsionista de la ciudad ascendió con gráciles movimientos a la cumbre, armado de antorchas; iluminó el interior y, ante el asombro de todos, gritó triunfalmente: “¡Aquí no hay nada más que polvo!”. El Gran Guardián ordenó silencio, y se le mutiló la lengua al contorsionista por profanar lo santo. Las murallas, ciertamente, no escondían nada a primera vista observable, tan sólo las ilusiones de quienes las erigieron y la fe ciega de los que las veneraban, pero sobre todo los anhelos de cuantos veían su silueta en el horizonte y soñaban con que allí estaba el paraíso».

Tras narrarle a ella el sueño, el hombre del parapeto se levantó y se marchó. En cuanto a lo que hizo después de revelar su sueño, se dejará a la imaginación del lector (no puede resolverse todo en los libros), como también se dejará sin contestar la pregunta siguiente: ¿la quería, o no, a ella de una manera que fuera irrepetible o que fuera irrealizable?

¿Y el parapeto real, que es al fin y al cabo de lo que trata el texto? Se hará alguna especulación a modo de resumen: también ella hubo de levantar un parapeto para protegerse de la aflicción que llegó a conocer aquellos días, aunque había una diferencia entre las dos defensas erigidas: la de él no permitía que nada penetrara, mientras que la de ella impedía desembarazarse de la imagen de aquel hombre y de la veneración que sentía hacia él, y así el deseo estaba presente en ella a todas horas, no podía ser desterrado, no podía morir sin que también ella lo hiciese en el proceso.

Para contrarrestar aquel impulso sólo cabía una fuerte dosis de cálculo, pragmatismo u otra cualidad análoga podría ser el epílogo del autor (que se nos antoja escrupuloso y racional).

En cuanto a lo que había al otro lado del parapeto, el hombre del relato se conocía bien a sí mismo: pese a los anhelos e ilusiones de que hablaba en su sueño, al otro lado del parapeto no había nada.

Tradescantes

Asumir la ficción como realidad es común y necesario, pero no es desde luego más extraordinario que interpretar la realidad como fábula; los que así proceden (esto es, los que están convencidos de que las páginas de los libros llegarán a hacerse realidad un día no muy lejano) vivirán siempre un sueño a la espera de que se realice. Entretanto, los pocos que consideran que la realidad es ficticia o falsa o simulada (y opinan, además, que de publicarse como obra alcanzaría escasa difusión) sostienen que hay otras realidades que tienen más peso (nadie define tales realidades; en situaciones propicias se las menciona de pasada para constatar si hay alguien entre los presentes que piense lo mismo y, consiguientemente, proceder a un intercambio de información o, si se prefiere, establecer vínculos de mayor intensidad), y por ello no viven esperando que se realice lo soñado, sino que aspiran a que la realidad llegue alguna vez a tener la fuerza de sus sueños. Así pues, que los *tradescentes* existieran es innegable, pero no podría saberse con toda certeza si fueron como aquí se dice o como narran los historiadores (su existencia está documentada por eruditos de renombre, se tienen numerosos documentos que atestiguan la dedicación y diligencia con que se consagraron a su empresa; pese a ello su presencia en el universo es tan irreal que parecería soñada..., tal vez un sueño común, provocado por alguien que necesitaba de su existencia, alguien a quien le era absolutamente imprescindible creer en ellos).

De cualquier modo, valga el ejemplo de los *tradescentes* para ilustrar la sentencia antes afirmada: se sucedían los libros como los días, bajo una luz estridente de neones y el olor a papiro y palimpsesto..., consulta el libro que se cita en otro tomo olvidado, y que finalmente ha descubierto en el estante lateral y menos visible..., las páginas están aún selladas, vírgenes..., extrae una navaja del bolsillo y va saajándolas, de cuatro en cuatro, para descubrir o respirar el contenido..., es un libro antiquísimo del que sólo debe de haber escasos ejemplares en el mundo, puede que sea el último de los que se imprimieron en su día, pero no es objeto de coleccionistas ni se considera obra maestra..., es un tema que no puede ser resucitado, acaba de indicarle el

bibliotecario, porque a nadie interesa en absoluto, porque tales especulaciones están fuera de lugar, dado lo que son hoy las cosas..., consulta el capítulo X, donde se habla de los tradescantes, pues ha soñado que los conoce, o que él era uno de ellos, ya no recuerda..., lee con intensidad la página que ha abierto al azar sobre el abate Jeremías el Inquisitivo, el cual emprendió un largo viaje de varios años que le llevó de un continente a otro para hallar una planta cuyas propiedades se consideraban no sólo medicinales, sino mágicas..., de hallarla, se habría destinado al monarca de entonces, cuya salud mental flaqueaba..., el abate buscó dicha planta, sin encontrarla, hasta el final de sus días..., como advierte la obra, sus últimas palabras fueron: «Seguiré buscando aunque me lleve toda la eternidad»..., está tan sumergido en la lectura que no advierte que junto a él hay alguien que lee el texto por encima de su hombro..., es un anciano que parece haberse extraviado en la biblioteca..., el anciano lee lo que lee el otro: «... iban en busca de plantas exóticas y desconocidas y recorrían el mundo para hallar aquellos remedios medicinales que estaban en perfecta armonía con la naturaleza: las curas para todas las enfermedades ya existían y sólo había que dar con ellas en alguna selva o fondo marino, y ello se debe a que para toda pregunta existe ya una respuesta intrínseca...», de pronto repara en el enjuto y tembloroso anciano, quien le dice que buscaba una variedad del hisopo, que la necesitaba para llevársela a un paciente suyo, el cual padecía de extraordinaria melancolía..., vestía el anciano una túnica blanca como sus cabellos y desapareció entre los volúmenes polvorientos a toda prisa, descalzo y venerable, a la búsqueda de la planta de la ventura, como la llamaba..., portaba cineraria en una mano y hierbabuena en la otra..., lo buscó sin hallarlo, pero aún perduraba entre los libros el tenue aroma de la menta y el espliego...

El diccionario

«Es la palabra un síndrome de las necesidades aún por satisfacer, pero hablando también se conquista aquello a lo que aspiramos; las palabras sojuzgan el pensamiento, permiten —tal es, según algunos, su único objetivo— delimitar la vorágine de la reflexión, determinando coordenadas para no perecer bajo innumerables meditaciones; algunos hasta proclaman que no es posible cavilar sin palabras. Si se nos dispuso para la dicción desde el principio de los tiempos, el lenguaje obedece a una función fisiológica; en una palabra, que estamos hechos para hablar...».

El relato de hoy es la historia de un hombre que, desde un estrato facultativo o teórico, se dedica con intensa precisión a las palabras; es un estudioso consagrado a divulgar una verdad premeditada, pero que descubrió otra, muy distinta, en el intento: que la palabra no es invento sino descubrimiento, que no es el individuo quien determina las palabras, sino éstas las que definen cómo ha de ser el individuo.

Indicado quién es el hombre del relato, hablaremos del resto de la escena (que no varía sobremanera a lo largo del texto): el lugar —que representa varios lugares, del mismo modo que este hombre es representativo de tantos otros pensamientos— es un local donde el humo lo cubre todo como una gasa yodada, donde se respiran vahos cargados de exhalaciones sépticas y malolientes. Las conversaciones son un runrún apenas perceptible: allí, en el extremo de aquella estancia, hay una mesa rodeada de elementos disformes: la indolencia, la rabia, el desdén, la renuncia, se hallaban presentes. No, aquéllos no son tipos sino meramente estereotipos; su expresión había adquirido tintes permanentes de un vicio particular en el marco de semblantes deshumanizados. Esto es lo que se le ocurre pensar al lexicógrafo mientras puntúa su introducción. Pero su mente inquisidora se dice que reflexionar así no es sino una manera de mantener a raya a los individuos cuya jerga se dispone ahora a analizar, una manera de catalogar y simplificar porque, de

verdad, le aterroriza aquel entorno, comprende que ese gravamen suyo de razonamientos léxicos de nada sirve en un hado como el que tiene ante sí.

Su obra, permanentemente inacabada porque siempre hallaba algo que agregar y porque no había fecha límite para la conclusión de tan magna tarea (ni había editor ni editorial que quisiera exponerse a publicarla, dadas las restricciones de moralidad y economía propias de la época en que le tocó vivir, ni había público que hubiera mostrado interés en invertir la enorme suma que indudablemente habría costado aquel esfuerzo sobrehumano: *Diccionario breve del hampa y de los bajos fondos*), era la primera en su género, exhaustiva por los años invertidos, multidisciplinaria pues ahondaba en otras consideraciones aparte de las puramente filológicas para explicar o justificar el habla marginal, malsonante, desfigurada por lo imperioso del hambre o la lujuria o la saña o la codicia. Lo de *breve* era para tener la esperanza de que en el futuro se podría añadir, en un segundo volumen ampliado, nuevos vocablos, los aún no existentes, los no acuñados, los que iban surgiendo de la boca de las nuevas generaciones de rateros, pordioseros, mendigos, gentes que pasaban por la vida sin otro ánimo que entretenerse con el delito y el crimen aparte de hablar sin propiedad, pensó para sí.

Recapacitó sobre el trayecto que acababa de emprender: había concluido la sección teórica, había acuñado un colosal glosario puramente especulativo y un acopio de principios y propósitos que ocupaban centenares de folios, y estaba a punto de iniciar la segunda parte de su labor: la práctica, o paso de lo tentativo a la acción, como gustaba de llamarla. Hasta la fecha no había hecho más que imaginar cómo eran las cosas, léase el habla, pero ahora se adentraría en los dominios de lo real e innegable. Como el habla era nuestro propósito y no otro, primero había que elaborar la estructura y luego aderezarla con las expresiones particulares, que no eran sino anecdóticas. Para él lo primero era la norma; y luego, como una sombra, llegaba la observación.

Recordó que ya llevaba varios días intentando mezclarse con aquellos personajes, entablar amistad con el dueño de la taberna más concurrida, sumarse a las partidas de naipes, visitar el lóbrego comercio de provisiones en cuya trastienda se realizaban transacciones de todo tipo, descender al puerto y pasear por la esplanada entre los ásperos pescadores de camino a la lonja. Después de repetidos intentos en vano y de considerables y soeces muestras de desprecio por parte de los habitantes de aquel olvidado distrito de esa ciudad marítima, decidió que no habría otra opción que hablar como ellos; tendría también que asemejarse en la vestimenta y emular el gesto y el estilo.

Por ello, estuvo varios días dedicado de lleno en su domicilio a la creación de un cuaderno de frases hechas, elaboradas a partir de los insultos y escarnios que le deparaban en abundancia (un texto como éste, amén de un glosario afín, sería mucho más útil por el momento, pensó, que un diccionario, pues el contenido podía aplicarse de inmediato). En los márgenes había acotaciones sobre quién dijo tal cosa, el sentimiento del que lo dijo, quiénes estaban presentes y cómo reaccionó cada cual. Luego el lexicógrafo procedió a memorizar las frases, a repetirlas con la inflexión necesaria, la prosodia precisa; aprendió interjecciones y malsonancias, imitó los gestos, los aires, la expresión de ambiciones que le eran desconocidas; hubo de desterrar todo lustre académico y cualquier barniz social.

Cuando creyó que ya estaba listo, dio vida a ese nuevo ser que había generado en sí mismo a partir, en fin, de la palabra.

Tras varios intentos, varias noches, en varias tascas, finalmente consiguió que le aceptaran. Se hizo una composición de lugar y de tiempo: la tasca donde se conocía la mayor brutalidad del puerto, a punto ya la medianoche; llegaron los jugadores de cartas y se marcharon casi todos los marinos. Con prendas que adquirió en un comercio de segunda mano, no se le haría el vacío, se dijo, y así sucedió.

Nadie le reconoció: aquella barba de varios días, las ojeras pintadas, el porte harapiento. Gracias a su pericia con los vocablos le admitieron finalmente en una de las varias tertulias nocturnas: un día relató una narración de cómica obscenidad; otro, las experiencias —adaptadas al público oyente— de sus viajes a varios continentes; al final, sus anécdotas llegaron a escucharse con delectación. Ya dominaba con cierta soltura aquella jerga y, aunque de vez en cuando se escuchaba en su discurso alguna que otra expresión culta o académica, todo se tomaba como una chanza.

Ya por aquellas fechas su expresión había empezado a cambiar; si hiciéramos ahora un retrato de cómo era entonces, guardaría escaso paralelismo con el hombre que fue antes del experimento. Su faz adquirió otro tinte, azulado y terso; las cejas se arqueaban con sorna; las comisuras esbozaban una sonrisa permanente para ocultar la trampa en el juego, el exceso de alcohol, los objetivos deshonestos hacia las jóvenes de la trastienda. Terminó por alquilar una habitación encima del comercio de víveres, provista únicamente de una cama y un armario; no había ni silla ni mesa, y hubo de anotar sus descubrimientos léxicos en el suelo.

El cambio en su persona fue tal que aquel habla de rateros, como la había llamado hacía apenas unas semanas, dejó de parecerle pintoresca o

sorprendente. En esos lindes no había lugar para afectaciones de ningún tipo, reflexionó; era todo una cuestión de supervivencia. Los sujetos que estudiaba para nada conocían otra eventualidad o distintos criterios —se dijo—, y sin sospecharlo ellos remotamente, se les había privado —empezó a aceptar— de la infinita variedad de las palabras. Pero esta aceptación no era meramente conceptual; obedecía a la mudanza que se había obrado en la configuración física del estudioso.

Sus conocimientos fonéticos le hicieron racionalizar lo que había acontecido: la posición de la lengua y su rápido trajín por dientes, alvéolos y paladar era distinta si se hablaba de ese modo, se usaban otros músculos faciales que antes jamás se habían puesto en movimiento y que ahora cobraban vida; y esa traslación también avivaba nuevas sensaciones, diferentes colores: había otra intensidad de olfato y de tacto, se oía todo en otro tono, había nuevas armonías; en definitiva, las cosas se veían de otra manera.

Un día entró en el bar un pasante de una notaría, que buscaba a alguien por algo de un caso de ilegitimidad. A los presentes les hizo gracia cómo hablaba aquel ser ataviado de negro, su modo de moverse, lo delicado de sus maneras.

Sin embargo, el más asombrado fue el hombre del relato: el idioma, pensó para sí, no era un instrumento para comunicar sentimientos, sino, al contrario, parecía un arma para delimitar fronteras; y quiso decir eso mismo, pero no se veía capaz de decirlo así; tendría que manifestarlo de otro modo.

Su reflejo en el espejo deslustrado enfrente de la mesa de juego le confirmó lo que estaba pensando: antes de disponerse a pronunciar aquel párrafo que acababa de articular en su mente, contrajo los músculos del rostro con un proceder desconocido; no era él en aquel azogue, y se asustó.

Pero fue un miedo breve, porque había aprendido a tener el coraje de expresarse, sin arrepentimiento alguno, con sonidos a caballo entre el lenguaje y el agravio, a abusar de los paréntesis de imprecaciones de lujuria y desprecio y maldición.

Y así fue como le habló al pasante, el cual, en su estupefacción, se disculpó con largas e instruidas oraciones y, ante el embarazo que sentía, le pidió perdón con fórmulas harto enrevesadas para solicitar la excusa y la absolución, y se mostró sumiso declarándose nada más que humilde siervo de la notaría y ejecutor llano de un noble deber; y a continuación, a fin de disipar cualquier duda sobre sus sinceras intenciones, le hizo entrega de un billete de valor antes de irse, para comprar o su silencio o su asentimiento.

Al escuchar el lexicógrafo las palabras del otro y observar su comportamiento se dijo que sería interesante escribir un manual sobre el uso disciplinado y estricto del idioma por parte de los seres ilustrados que se declaraban sus cancerberos.

La esmeralda

Alguien, algún adepto o incluso una persona que tuviera conocimientos rudimentarios de la redacción y del estilo, podría escribir una sencilla leyenda para contar la historia de toda una vida en escasas líneas y cuyo propósito fuese exponer una triste premisa que ha tenido tal vez que vivir el autor: habiendo encontrado lo que perseguía tras años de búsqueda (y que podría tener la forma de un objeto, un propósito, un significado o incluso un ser humano con todas sus virtudes y todas sus lacras) no puede hacerlo suyo por los motivos que sean (generalmente no suelen ser móviles extravagantes, antes bien, son consecuencia del recelo o de un cálculo exuberante). La historia de alguien que rastrea el horizonte será aquí la leyenda de un buscador de piedras preciosas que recorre los desiertos y estepas en busca de gemas y cristales que deslumbren al ser humano; el buscador (es un buen nombre, aunque podría llamársele de otra manera) ha atravesado latitudes de fantásticas dimensiones y superficies insólitas, miles de millas ha consumido en el curso de los años. La historia se inicia cuando ya está a punto de llegar al final de sus días: ha visto ciudades apartadas y ha conversado con gentes de distinto origen e interés, ha vivido de cerca guerras y pestes, ha conocido en su carne casi todas las pasiones y sin duda todos los excesos; sabe posiblemente más que todos los hombres que ha conocido juntos. Sin embargo, lo único que persigue es llegar a una gruta secreta en la que se encuentran las gemas de mayor tamaño y belleza. La gruta se halla en un desierto apartado y su existencia se mencionaba en un antiguo libro de ocultismo que fue consultado cuando el hombre era un adolescente y acudió a averiguar su fortuna en el oráculo; allí se le dijo que distinguiría el lugar donde se encontraba la gruta sagrada porque en su exterior habría de ver a un guardián vestido de blanco, el cual era inofensivo aunque portara una lanza. Un día, faltando ya muy poco para su muerte, el personaje del relato llega al último desierto de la tierra que le quedaba por descubrir; el cansancio y la vejez le hacen abandonar sus aparejos y se dispone a caminar una vez más, pero esta vez sin rumbo, con los ojos fijos en el barro seco y estriado,

consciente de que se trata del recorrido final. En esta ocasión no hay desesperación ni ansiedad, la expedición adquiere la forma de simple vagar a lo largo de una ruta excavada por el viento entre las rocas que suceden a las dunas. Casi sin pensarlo, levanta los ojos y observa que delante de sí hay un hombre de gran hermosura y largos cabellos negros, ataviado con una túnica sin mácula; en la mano derecha porta una lanza esculpida de madera. El personaje del relato curiosamente no se sorprende (la razón es que piensa que debe de ser un ángel exterminador o el nuncio de la muerte, pues la debilidad y el calor del desierto le impiden darse cuenta de que finalmente ha dado con el guardián del tesoro; en tal sentido, sería conveniente incluir aquí un monólogo breve pero de cierta intensidad sobre la existencia tomada como intervalo entre dos armonías y la constante proximidad de la cesación), y así decide no preguntar nada, so pena de perecer. El otro sonríe y se aparta, mostrándole la entrada a una cueva gigantesca esculpida en la montaña. Al entrar, el anciano ha de ocultar los ojos con las manos, tanto fulgor procede de la antecámara: las gemas se apilan hasta el techo de la gruta, de todos los colores y formas; salvo las drusas, las demás piedras están en bruto y no permiten que se perciba la belleza de la cristalización; pero sí brillan bajo la opacidad, sí son obras esplendorosas pese a no poder admirarse del todo su belleza (insinúan lo bello, sugieren tal vez más belleza de la que tienen). Tras la antecámara hay varios habitáculos —puede que diez o quince— todos ellos colmados de joyas en bruto. Llegado este punto, podría demorarse el relato para hacer una prolongada descripción de los colores, formas y esplendor de ese escondite mágico. El personaje central del relato pierde entonces el habla (de lo cual no pudo ni darse cuenta ya, debido a que en los cortos instantes que le quedaban para morir no hubo necesidad de intercambiar palabras con nadie) y decide que allí no debe permanecer más. Como carece de herramientas, es incapaz de arrancar las piedras preciosas de los muros de la cueva; algunas hay en el suelo que se han desprendido de las alturas, pero su tamaño es tal que pesan sobremanera y, además, el anciano no tiene fuerzas ni siquiera para seguir de pie. Ahora busca, palpando con los dedos y de rodillas, alguna piedra que pueda llevarse consigo, pero todas son de inusitadas dimensiones y de peso extraordinario. Finalmente, encuentra una que le cabe en la palma de la mano; es una esmeralda que brilla más que ninguna, parece que estuviera lustrada con fósforo y emitiera luz. Con enorme esfuerzo, el anciano se incorpora y sale de la cueva, no sin antes respirar profundamente el aire húmedo y rancio que tienen todos los templos antiguos, sean del hombre o sean de la naturaleza. Una vez fuera, el sol cae de lleno sobre la

arena y la sed invade en avalancha al anciano. Mira hacia atrás y, con los ojos, se despide del joven de la túnica blanca, quien ahora se dispone a mirar en otra dirección en espera de cuantos van en busca de un destino deslumbrante.

El anciano camina unos metros más antes de desplomarse en el suelo; en la palma de la mano aún conserva la esmeralda; la mano muerta no deshace el puño y la gema allí permanecerá para siempre, como recuerdo y resplandor de un tesoro excesivo.

El relato también podría terminar del siguiente modo: el guardián recupera la piedra preciosa y la vuelve a colocar en el mismo lugar de la cueva; en realidad es la única gema que pueden llevarse los buscadores de tesoros porque las demás son demasiado formidables o no pueden ser arrancadas de los muros. Es otra manera de decir que la esmeralda es maldita y que una vez poseída trae consigo el final del mundo conocido, es otra manera de explicar que todos creemos encontrar antes o después lo que buscamos porque el destino tiene obligadamente que llegar a su fin; la búsqueda constante, por otra parte, no aplacaría jamás el ansia del hallazgo e inexorablemente conduciría a la inmortalidad.

Nadie

El empleo de la primera persona gramatical permite que el lector pueda no tanto identificarse con el individuo que es objeto del texto como coexistir con él: la identificación cuenta menos que la misericordia en este caso, esa inclinación que pueda sentirse cuando el personaje de la ficción hace una confesión como, por ejemplo, la siguiente: «Soy un ser al que nadie mira o quiere mirar: abominable, inverosímil, imposiblemente humano; soy, sin embargo, como cualquier otro ser, y por tanto me muestro sumiso y acepto el destino sin rechistar».

Esa primera persona evoca, en cierto modo, sentimientos que tal vez también se den en el propio fuero del lector: «Quisiera mezclarme con el vulgo y entonar sus canciones y participar en sus diálogos llanos y fáciles. Pero cada vez que me acerco me rehúyen, se apartan de mí con expresión de espanto. No sé si es mi rostro o mi cuerpo lo que les asusta; de vez en cuando veo mi reflejo en los escaparates, pero como es de noche y voy siempre encubierto es casi imposible saber cómo soy; lo poco que he visto no es en absoluto semejante a las personas que deambulan por las calles».

En este ejercicio se entrará en una relación de gradual intimidad con un personaje que aún ha de metamorfosear un *él* por un *yo*, y se comentará acerca del mucho esfuerzo que supone esta maniobra (en algunos casos, paralelamente a este cambio puramente de forma, tiene lugar un acto desgarrador con la furia de una tempestad). En todo ser ha de originarse, tarde o temprano, una mudanza casi tan trascendental como el alumbramiento, y sólo cuando acontece, puede uno ser quien es y siempre ha sido: hay que pasar de referirse a uno mismo como *él* o *ella*, *tú* o *vosotros* (los que así lo hacen anteponen —en un afán altruista o de negación de sí mismos o de opción confortable— a los demás) y finalmente dar comienzo a esa rehabilitación del *yo*.

A la confesión en primera persona acompañará información meramente expositiva del entorno o de la acción, y entonces no importa servirse de la tercera: «Vive en una casa de un callejón sin salida, donde no hay otras casas,

sólo los muros de atrás de varias edificaciones cuyas entradas respectivas se encuentran en calles adyacentes. La vivienda tiene dos plantas y jamás ha entrado un rayo de luz en las habitaciones. El primer recuerdo que tuvo era de enfermeras que le hurgaban con pinzas y otro instrumental, y que le hacían gemir de dolor; luego hay un largo vacío, donde debió de estar sedado casi de continuo. Por fin le fue concedido este domicilio; el Estado le hace entrega de una subvención mensual a condición de que sólo salga por la noche, muy tarde, cuando todos duermen».

Para contar la acción inmediata, la narración seguirá en tercera persona sin que pueda vislumbrarse aún ningún sentimiento: «Ayer mismo, en la calle, pese a lo avanzado de la hora se encontró con un grupo de individuos que hablaban a voces y decidían allí mismo, sin más, el destino de un pobre diablo que había robado algo —una cartera, tal vez— y al que habían atrapado entre todos; estaban propinándole al muchacho golpes por todo el cuerpo con puños y pies. Se acercó al grupo y no hizo más que gritar “¡No!”, y ya huyeron; debió de ser su voz quizá, desarticulada y aguda, pero seguramente fue su aspecto lo que más les espantó.

»El autor del supuesto hurto estaba en la acera y le sangraban la boca y los orificios nasales; tenía los ojos hinchados y seguramente no podía ver nada. Nuestro personaje se acercó a él y colocó un pañuelo de muselina en su mano; el otro, pese a sus heridas, se restregó la sangre del rostro. A un lado aún yacía la cartera; la examinó y estaba vacía: aquellos transeúntes se habían llevado hasta el último penique. Ayudó a incorporarse al joven, y le condujo casi a rastras hasta un banco sobre el que lo tendió; el herido le contó que no tenía adónde ir, que procedía de una ciudad remota, que no había comido en varios días.

»El otro decidió ayudarle; en realidad jamás había ayudado a nadie. Lo levantó como pudo y con gran esfuerzo, ya que siempre había sido un ser débil, y fue arrastrándolo los pocos metros que faltaban para su casa.

»En la planta baja de la vivienda tenía un camastro, y colocó al joven con la delicadeza que le permitían sus torpes miembros; lo cubrió con una manta y el otro se quedó dormido. Era apenas un adolescente, pero se le veía hambriento y falto de atención».

Ahora se expresa íntimamente el personaje central, pero aún habla de sí como alguien distante de lo que está sucediendo, no menciona en ningún momento el yo: «Subió a su dormitorio e intentó conciliar el sueño, pero le fue imposible: había un ser viviente en su morada, y le vinieron toda suerte de sensaciones y sentimientos que hasta entonces no había tenido. Así que bajó

las escaleras y fue a verlo. El muchacho respiraba con gran rapidez y se le veía sudoroso. Lo tocó apenas y le quemaba la frente. Fue a la cocina y humedeció varios paños y se los colocó sobre el rostro, brazos y piernas para que le bajara la fiebre. Tenía el muchacho, además, una herida espantosa en la sien y el otro la limpió como pudo. Todo esto lo había leído en sus libros — dedicados a la mayor parte de las manifestaciones del saber humano— y por fin tenía ocasión de poner aquellos rudimentarios conocimientos en práctica. Allí se quedó toda la noche, nada más que observando. De madrugada, el muchacho prorrumpió en gritos terribles. Deliraba y debía de estar viendo lo que para él eran monstruos abominables en sus sueños...». De pronto, penetra sigilosamente en su razonamiento un yo: «En mi caso, las pesadillas están siempre pobladas de personas». Al instante regresa, sin embargo, al anonimato: «El muchacho durmió y durmió. Así estuvo tres días, delirante, gritando nombres, lugares y años. Por fin, la noche del tercer día se despertó, aunque aún no podía abrir los ojos, pues no le había bajado la hinchazón. Seguía tendido en el camastro, pero no pronunció palabra. El otro preparó algo de comida, y hubo de dársela él mismo; el herido lo devoró todo con gran ansia.

»Entonces el muchacho se incorporó y le contó su historia, aún cegado. Habló durante mucho tiempo; fue un monólogo, por cuanto el otro no sabía qué responder, pues jamás había hablado con nadie. Luego le preguntó sobre su persona. Nuestro personaje se vio azorado; se le ocurrió que podría inventarse un relato sobre quién le habría gustado ser y sobre los lugares que habría querido visitar. Pero pensó que el muchacho recobraría la vista en cualquier instante, de modo que no tendría sentido mentir. Le dijo que le contaría todo cuando recobrase la salud. Le costó articular las palabras. En el papel le era tan fácil; pero hablarlo todo fue una operación desgarradora, y al concluir los escasos vocablos que pronunció, se sentía exhausto.

»Así transcurrieron otros tres días que se llenaron con los discursos del muchacho; aún no podía levantarse y seguía con los párpados prietos el uno contra el otro.

»Al cabo de esos tres días el muchacho dijo cosas que al otro le parecieron inverosímiles. Le agradeció sus atenciones, manifestó que era el único ser que le había ayudado en aquella desalmada ciudad; le alabó como no parecía posible, y estableció comparaciones con las órdenes celestiales, aunque era ése un aspecto del que el otro tenía pocas referencias en su biblioteca y no supo muy bien a qué se refería. Hasta quiso abrazarle, incorporándose y palpando el aire con las manos, pero el otro le rechazó

diciendo que sería mejor conservar las fuerzas y le obligó a tenderse de nuevo».

La exposición cambia de pronto; empieza ahora a invadir el texto el yo, de manera paulatina va avivándose la agitación somnolienta, provocada por un llano acto de la fisiología: «De pronto noté un escozor en los ojos; me toqué y había algo húmedo: se asemejaba al agua y al degustar aquel líquido comprendí que era muy salado; esas gotas fueron cayendo una tras otra, y no había modo de detenerlas. Recordé entonces haber leído que las personas, cuando son incapaces de contener sus emociones, sollozan. Eso me confirmó, pues, que de algún modo yo debía de ser un ser humano, no una bestia o una imposibilidad como había oído que gritaban quienes me veían recorrer las calles muy de noche».

La provocación del yo es irresistible, y la narración continuará con esa misma forma: «Cuidé al muchacho, lo alimenté y lo lavé; él no hacía más que alabarme y declarar que sentía hacia mí un afecto inusitado.

»Una mañana me llamó desde la habitación donde estaba. Yo apenas acababa de despertarme y oí su voz que me decía “¡Ya puedo ver! ¡Ya puedo ver!”. Pensé en no bajar, quise huir; si me veía ahora se marcharía aterrorizado para siempre aquel único ser que había hecho que toda mi existencia hubiera cobrado sentido. Pese a todo, decidí acudir a su llamada en señal de deferencia hacia él, aunque por dentro me carcomieran el miedo y la vergüenza. Así que descendí lentamente los peldaños de la escalera y llegué hasta el umbral de la puerta.

»Vi al muchacho de espaldas. Estaba allí de pie y examinaba los tablones que habían clavado en los marcos de las ventanas, no para que no penetrara la luz, sino para que no se viera desde fuera mi imagen. Al entrar en la habitación, tosí para interrumpir el hilo de sus pensamientos y alertarle de mi presencia».

El personaje del relato no puede, en este preciso momento, sobrellevar tanta turbación y se aparta una vez más de lo que está sucediendo, revierte al distanciamiento: «El muchacho, al verlo, fue corriendo hacia él y lo abrazó. Le dijo que le estaba profundamente agradecido, que no sabía cómo podía pagarle tantas muestras de bondad; le dijo, efusivo, que había decidido regresar a su aldea y trabajar en el campo con los miembros de su familia; le dijo que debería acompañarle porque allí el aire era límpido y la gente amable, los días livianos, las estaciones menos severas; en fin, le manifestó que la vida en su aldea era más gentil que en la ciudad y que a los seres se les valoraba por lo que eran. Y volvió a abrazarlo».

Y llegado este punto, no puede sino confesarlo todo con el yo: «Yo era presa del más absoluto estupor, si casi no podía respirar de la emoción, y me pregunté cómo era posible que el muchacho no se percatara de mi aspecto. Estuve a punto de preguntarle su opinión acerca de mi presencia física, pero proceder así habría sido una descortesía. Entonces me dijo que quería regresar cuanto antes a su aldea. Y que una vez allí me escribiría para que fuera yo también, a visitarle o a vivir allí si quisiera. Le di dinero para el billete de vuelta, y el muchacho, pese a las iniciales protestas, lo aceptó y se marchó.

»La casa estaba ahora vacía; no quise tocar el camastro, con las sábanas revueltas y las mantas caídas; no quise siquiera lavar los paños de muselina con los que le había refrescado de las fiebres. Estuve observándolo todo muchas horas. Durante largos días esperé a que llegara su carta. Las únicas misivas que venían puntualmente eran las subvenciones que me remite el Estado.

»He esperado ya varios meses y, aunque no he perdido la esperanza del todo, tengo ahora algunas sospechas. Tal vez el muchacho habló por hablar; tal vez mi aspecto debió de asustarle pero quiso aparentar que no era así, por algún motivo..., miedo o dinero o prudencia; tal vez todo fue una pesadilla y lo más hermoso de mi vida no llegó a suceder jamás».

Cuando le llegó finalmente la carta, tuvo que apostatar de sí mismo una vez más, tal era la aflicción: «Estaba escrita sólo la dirección, no el nombre (él no tenía nombre válido, para el caso). En aquel texto de letras azuladas y diminutas y espontáneas abundaban las eufóricas expresiones de gratitud, las disculpas sinceras por la demora. El joven le pedía que acudiese a su aldea: que quería mostrarle los montes y las huertas, el río y los caminos vecinales, la siega y la recolección, que quería que conociese a cuantos le habían hecho comprender quién era y dónde había de permanecer».

Para la conclusión, sin embargo, no le queda a nuestro personaje otra ruta que la de ser valeroso, la fuerza que necesita la tiene (que hasta entonces no lo supo) y la aplica convincentemente (de lo que hasta ese momento se sintió incapaz); nunca más dejará de referirse a sí mismo con un yo: «En ese instante volví a introducir la carta en el sobre, y lo sellé. Con un lápiz escribí en diagonal por encima de la dirección YA NO VIVE AQUÍ. Aquella noche, cuando todos dormían, salí a la ancha avenida donde un día había visto un buzón de color escarlata. Al introducir la carta por la fina ranura, respiré hondamente, sentí un enorme alivio. Ahora ya podía volver a ser quien siempre he sido, sin más. Yo también soy consciente de dónde tengo que permanecer; yo también sé quién, en realidad, soy».

Cualquier palabra puede ser grotesca según quién diga qué, pero sería interesante incluir un relato sobre el uso grotesco de las palabras. Sería un texto sobre un habla impedida, no física, antes bien, conceptualmente. Se ilustraría la idea con un personaje que hubiera de omitir algo al hablar, que hubiera de ser conscientemente selectivo al abrir la boca.

Debería empezarse entonces por el principio; se hablará de una criatura a la que esto mismo sucedió, de cómo iba desempeñando las funciones que todos hemos de seguir en un orden determinado que obedece a las previsiones marcadas en los libros: lo que hizo primero fue retorcerse, luego imitó los movimientos de la serpiente, finalmente se hincó de rodillas y, sin más, echó a andar a tropezones. Todo se desarrollaba con arreglo a los procesos habituales, pero algo, en algún momento, debió de quebrarse o torcerse cuando empezó a hablar.

Se indicará el asombro que causaba la rapidez con la que aquella criatura dominó el lenguaje. Primero, adoptó los sustantivos: quién le daba de comer y beber, lo que efectivamente comía y bebía, los objetos que le gustaba acariciar. Luego alguna preposición para indicar dirección, compañía o ausencia, algún adverbio porque era consciente del paso del tiempo y de la mudanza del espacio. Por último, aprendió a calificar las cosas según una gradación situada entre el dolor y la delicia.

Seguidamente se expone la premisa inicial: la criatura no terminaba de hilar las palabras, de construir la oración redonda y autosuficiente, expresaba determinados elementos y excluía otros, hasta que un día alguien comprendió lo que estaba pasando: era el verbo; la criatura nunca mencionaba el verbo para nada.

Llegado este instante será preciso detallar que no había verbo alguno, en ningún tiempo y de ningún modo; no había acción posible en lo que decía la criatura, nada terminaba de alcanzarse, nadie llegaba o huía; es decir, no se empezaba ni concluía nada, no existía quien hablase o llorase o muriese. Se pondrán ejemplos varios de lo que sí decía: paréntesis, vocativos, preguntas

sin cómo ni por qué, respuestas carentes de solución, expletivos, interjecciones, hipérboles, descripciones, etopeyas, perífrasis; podría incluso agregarse alguna indicación menos prosaica como que en sus palabras había, sí, atardecer y primavera o reflexión y lírica, pero no se podía saber si las cosas habían sucedido ya o sucederían mañana.

Se hablará entonces de que llegó, pese a todo, un momento en que, con acción o sin ella, lo que relataba la criatura entretenía al oyente y llegó a deleitar a las visitas y se escuchaban sus conversaciones como si se tratara de un fenómeno. Se incluirá un extenso párrafo para explicar que hasta hubo quienes llegaron a decir (agregándose una observación retórica del orden de: «Los fanáticos, los de menos luces, los que buscaban signos ocultos en todo lo que les rodeaba, dada la edad de imprecisión, inseguridad, desaliento durante la cual todo esto acontece...») que aquel ser no era sino un emisario portador del anuncio del fin del mundo como resultado de la supresión del verbo que, después de todo, era lo que había dado origen al universo y que, en definitiva, el final no llegaría como tantos habían anticipado con la destrucción de lo material a cargo de fuerzas foráneas, sino desde dentro, es decir, como consecuencia de la involución de lo creado, lo cual se desencadenaría con la regresión del ser humano empezando con la exclusión de la palabra, y vuelta a empezar con este razonamiento circular (¿o vicioso?).

Se indicará que hubo, en fin, rumores y contrarrumores. Fue llevada entonces la criatura a un lugar de estudio donde la observaron durante largas semanas; le hicieron toda suerte de pruebas fisiológicas y de la mente, algunas dolorosas y con apariencia de juego inofensivo. Por fin se llegó a una conclusión definitiva —tras el concienzudo análisis—, manifestada decididamente con una expresión tajante: *Es el verbo*. Por más que explicaron los observadores la importancia de la conjugación, la necesidad de consumir, digamos, el acto, o emprender la acción e iniciar la dinámica verbal, todo ello con ejemplos interminables, la criatura excluía sistemáticamente los verbos de sus frases, que por lo demás eran perfectas e instruidas. El vacío del verbo se dejaba ver por una exigua pausa que hacía; así que efectivamente, se dijeron los eruditos, el paciente bien sabía dónde había de ir tal elemento pero optaba —el motivo sólo era de él conocido— por no mencionarlo. Sucedió lo mismo en la escritura, que enseguida dominó como si para ella estuviera destinado: dejaba un espacio en blanco donde había de ir el verbo entre las demás partes de la oración.

Durante años estudiaron sus reacciones unos y otros, y finalmente todos se dieron por vencidos: maestros, científicos, mesiánicos. «Cada cual tiene

sus limitaciones», aseveró uno de los más venerables —poniendo punto final a ese afán de peregrinaje por los pasadizos más íntimos de otra mente—, y ya no volvieron jamás a intentar cambiarle el habla.

Pero todo eso no impidió que siguiera habiendo inquisitivos que anhelaban, como si en ello les fuera la vida, conocer las razones, de haberlas, y le preguntaron los motivos de tal actitud (que para algunos era falta de aptitud) en considerables ocasiones; él aducía que se trataba de un secreto. Un día finalmente se dio por vencido y contó azorado lo que, según él, le sucedía:

«Yo ... y ... y ... relatos como los demás; pero no ... para qué. ... mejor ... algunas cosas dentro, donde nadie las ..., porque me ... o ... o ..., para mí ... lo mismo. Todo ... parte de un único movimiento, no ... tanta diferencia entre un acto y el siguiente, la manifestación de una sensación placentera y el olvido de un episodio ingrato, la premonición visible de la oración y el desenlace fatal en su seno: la dicción con sólo la frontera del sueño. Cuánto en el silencio, cuánto en la pausa, entre los actos, qué poco a veces en el verbo: el verbo mudo pero sin vacío, el verbo sonoro pero sin memoria».

Han transcurrido varios años, y se contará que el hombre —la «criatura» de la que aquí se hablaba— aún hoy sigue sin admitir el verbo al hablar, sin escribirlo. Pero ahora todos entienden lo que dice y lo que omite, tanto la palabra dicha como el vacío de la acción impronunciable, y algunos hasta se aventuran a hablar como él y —excluidos los verbos— mantienen largas conversaciones sobre temas de interés común, banal, y no necesariamente oscuros o impenetrables.

Según unos —los que tienen ese sentido hecatómbico del destino— tal *contagio* era indicación de que aquel ser iba haciéndose con seguidores, iba ganándolos a su fe perniciosa; para los demás, el hablar sin el verbo era pura distracción, les permitía quebrar el tedio de la dicción según la regla y llegar, forma y contenido indisolublemente unidos, a territorios ignotos o catárticos.

Pero ya que semejante proceso de *conversión* o *contagio*, como quiera llamarse, aún hoy continúa, es difícil especificar aquí y ahora si tienen razón unos u otros, pues no ha llegado a descubrirse, aunque suposiciones las ha habido innumerables, si su nacimiento fue apocalíptico o maldición, si traía consigo la salvación o la condena del mundo perceptible. E

imprevisiblemente, ha surgido ahora una tercera interpretación de los hechos: la que aboga por olvidarse de todo el asunto, la que dice que es un episodio que no merece figurar en ningún libro de historia y que no ha de comunicarse a los tiempos venideros porque, después de todo, no tiene tanta importancia el que un hombre decida hablar sin el verbo, el que opte por no detallar si ama o es amado, aborrece o es aborrecido, y que todo ello no constituye más que un tema propio de la ficción y, en consecuencia, no debe ser tratado en términos reales sino únicamente imaginarios.

La autora del fin del mundo

Si el lector es juez, habría entonces que facilitarle varias versiones —o al menos dos: la defensa y la acusación— para que pueda tomar una decisión ecuánime respecto al texto y lo que se narra; sería preciso recurrir a dos o más relatos paralelos, explicar las causas desde diferentes o divergentes ángulos.

Por eso, para hablar de una persona que llegara a convertirse en la autora del fin del mundo habría que contar, como mínimo, dos relatos: uno se referiría estrictamente a la destrucción final y patética del universo conocido; y el otro, a la manera en que se le ocurrió a la autora ejecutarlo; el primero se narraría como crónica de breves párrafos, mientras que el segundo sería una reseña y por ello se evitarán emociones como el desconsuelo o la ansiedad, tan propias de este tipo de textos.

El primero podría empezar así:

«Es el fin del mundo y lo sabemos oficialmente porque, sin poder silenciarlo ya, lo han anunciado con grandes titulares multilingües en el único periódico que aún se publica, y porque se ha radiado —en una transmisión única de madrugada y con una duración inferior al cuarto de hora— una comunicación sobre lo que a todas luces era ya patente: nos dan apenas unos días y después, sin más, la nada.

»Ya desde hace meses que no se hablaba de otra cosa, y fue rumor negado con insistencia, así que ahora que se ha confirmado, las gentes lo toman como noticia de interés antes que como aciaga sentencia y, si hay lamento, se refieren con él a la torpeza de que dan muestras las autoridades y no a lo imperioso de la situación.

»Pero todos gustan de mantener la apariencia de normalidad o al menos en ella hallan refugio. Por eso las cosas siguen funcionando, dentro de lo que cabe, rutinariamente, no obstante las víctimas que se han cobrado los desastres naturales ya manifiestos, pues ni el seísmo ni los tifones han logrado

detener la marcha de las cosas, y en los hoteles desvencijados hay huéspedes y a las tabernas casi vacías de víveres acuden los comensales.

»Son muchos los monumentos que han sido derribados; unos, por mano de la naturaleza; otros, por iniciativa de los hombres y por motivos de salubridad. El arte se practica en las aceras y la poesía es recitada en plazas y avenidas, todo ello bajo una lluvia estelar que desciende pertinaz y quedamente.

»Bajo esa noche ya permanente, las gentes deambulan por las calles, ataviadas con prendas de tallas discordes y robadas a los cadáveres que pueblan las aceras. El vagar sin rumbo fijo es lo único que cabe hacer, no hay orientación posible, no hay dirección que haya de seguirse. Los vínculos entre unos y otros se han roto decisivamente, y así los hijos no siguen a sus padres, las parejas vuelven a ser individuos, los grupos de intereses comunes se han diseminado; en definitiva, ver un rostro familiar entre la muchedumbre ya no produce sensación de alivio, sino indolencia tan sólo.

»En una esquina se reparten panecillos salobres de color terroso; y en otra, frutas ya enmohecidas (de variedades desconocidas y mutadas), como parte de las operaciones de mantenimiento que han organizado confusa y precipitadamente las autoridades. Ya nada permite identificarnos con nuestra era; ahora somos sólo individuos de cualquier época, edad, procedencia; unidos en el desafecto.

»Mañana es el gran día: se espera que el universo dé una vuelta majestuosa y que gire sobre sí mismo, y que los planetas prorrumpen en graves acordes disonantes, y que de esa falta de armonía se quiebren los cielos y se inicie la regresión. Se desconoce si tal proceso se realizará en una única y gran operación o por fases de cada vez mayor intensidad como fastuosas contracciones, aunque es una información que a partir de mañana no tendrá interés en el contexto humano, puesto que no podrá dejarse constancia de la misma para las generaciones postreras, de haberlas de nuevo algún día. El universo conocido, en fin, se hará trizas, pasará a estar hecho de serpentinas de las que broten, festiva y posiblemente, otras civilizaciones tal vez más acertadas».

Y éste sería el segundo relato:

«Delante de sí una prístina hoja blanca, lista para ser desvirtuada con los intrincados meandros de sus hampas y sus jambas. Se echó hacia atrás los largos cabellos y hundió la barbilla en el cuenco de la mano y meditó —el hogar encendido, la luz blanca de la tarde invernal— sobre lo que había de escribir (fuera de los confines de aquella página ella existía sólo en función de los objetos o personas que la rodeaban).

»Gustaba de acometer los textos importantes primero en borrador y a mano; y estaba ya en ello, cuando antes de escribir se preparó para hacer algo imprescindible. Extrajo del cajón de su escritorio un minúsculo cortaplumas y se dispuso a afilar un lápiz. Y haciéndolo, viendo cómo caían sobre la mesa las finísimas láminas de madera con borde de colores, pensó que tal vez sería de interés garabatear las líneas generales de un relato sobre algo de trascendencia, un asunto de peso como... el fin del mundo, por ejemplo, se dijo. Y también se dijo mira con qué gracia caen las afiladuras del lápiz, qué proceso de destrucción tan perfecto y medido, que guarda tanto paralelismo con el mundo conocido puesto que parece obedecer a una ley eminentemente mecánica, siendo al mismo tiempo obra de un hacedor impasible. Y se le ocurrió pensar que si en el lápiz aquel existiera un universo, sería ésta la manera más segura de destruirlo».

Tal vez todos los objetos tengan propiedades mágicas, y bastaría un sortilegio para despertar el encantamiento adormecido. Para recibir el nombre de amuleto, la única condición que se requiere es que el objeto haya sido, en una etapa primigenia, materia viva, y cuando se habla de materia viva nos referimos a que por el objeto en cuestión ha de haber ascendido la savia, la sangre, la linfa, el yodo o la saliva. Habría que pensar en la diversidad de elementos que podrían entonces antojársenos amuletos, y podríamos clasificar, subdividir, documentar todos estos artefactos de la vida y manifestar, categóricamente, que unos sirven para aliviar tal cosa y otros para provocar tal otra. El mensaje del que son portadores es la vida que fue; el objeto es que traerán suerte del mismo modo que en su estado original infundieron arrojo o gallardía; el sentido de todo ello es que nada ha de desperdiciarse, como en las épocas de mayor escasez en las que se engullían con fruición hasta las partes incomedibles de las bestias, adobadas con exóticas especias o camufladas con hojas de plantas comestibles. Pero para que surta efecto el amuleto hay que saber por qué motivo se busca la suerte; en el presente relato el amuleto será un colmillo humano.

La acción se iniciará cuando el hombre (al que llamaremos C.) que requiere el amuleto expone sus razones a su interlocutora (que será una mujer no tanto anciana como dilapidada y además tan ancha como alta), manifestando en primer lugar lo obvio: «Necesito que me acompañe la suerte», agregando seguidamente una explicación: «Quiero decir lo que pienso, pero no me atrevo». Podrían seguir incontables diálogos, por ejemplo el siguiente:

- ¿Los motivos? —preguntó la otra.
- ¿Cómo dice? —replicó C.
- Los motivos..., en fin, ¿para qué quiere decir la verdad? ¿No le asusta?
- agregó ella.
- Es una cuestión de principios... —contestó C. muy escueto.
- No necesariamente —le repusieron, y el otro no supo qué responder.

Se hará seguidamente algo de historia: se incluirá un recuento de cómo C. vio por casualidad el anuncio sobre amuletos en una publicación de escasa difusión dedicada a la quiromancia y las artes ocultas, y se indicará cómo le atrajo aquello de «el fulgor y el hechizo del amuleto le harán superar todas las barreras del amor y la venganza, hasta la muerte misma», palabras junto a las cuales aparecía una lista de casi dos columnas de precios y objetos y rituales. Se describirá luego a la voluminosa hechicera, cómo iba ataviada con un atuendo al que se le habían estallado casi todas las costuras, revelando la carne rolliza que parecía estar al rojo vivo, cómo tenía marcado el anciano rostro con arrugas transversales, puede incluso que fueran cicatrices o — indicando que esto se le había ocurrido a C.— el resultado tal vez de algún amuleto que no surtió el efecto deseado o del exceso de familiaridad con lo recóndito.

Se explicará que luego aquella mujer adivinadora abrió el cajón de una altísima cómoda de caoba y hundió el brazo hasta la altura del hombro; hurgó un rato y extrajo un frasco con formol; contenía un objeto gris y flácido. El otro comprendió que se trataba de una lengua humana que seguramente hacía mucho, mucho tiempo que había dejado de articular palabras. La mujer colocó el frasco sobre la mesa y calibró las posibilidades ante la estupefacción de su cliente, el cual, queriendo apartar los ojos de aquel objeto flotante y sombrío, examinó con suma atención el cuarto inmundo; se resaltará que la falta de luz no profería un aire de misterio como pretendía su dueña, sino, al contrario, hacía que la estancia pareciera mugrienta en lugar de tenebrosa.

Se volverá a indicar lo que pensaba C. con un aparte, o en cursiva, o entre paréntesis, o en páginas de otro color si se quiere: a los ojos de C. sí había algo en aquel recinto, pero no se aventuró a definirlo. Era posiblemente, pensó, una presencia invisible o un secreto incommunicable, pero dejó en ese momento de especular: temía que, si continuaba pensando en aquel misterio, lo despertaría de su latente existencia.

Podrían describirse los objetos que tenía en aquella cómoda la hechicera, para qué servía tal cosa, si había curado o no de los males que aquejaban a cuantos habían ido a verla; aunque obedecía a las fuerzas oscuras que, según ella, le arrastraban la mano mágicamente hasta el objeto más apto, no siempre acertaba a la primera y, esta vez, al cabo de unos instantes de reflexión, volvió a introducir en el cajón el frasco. Se explicará su acción intuitiva con una aclaración legítima:

—No, esto no; perteneció a un ser que no hacía más que mentir y por eso le cortaron la lengua. Tiene que ser otro objeto que proceda de la boca..., algo

que aún tenga vida y que sea inocente, puro..., un colmillo de leche, humano... —manifestó y se quedó pensando. Antes de que el hombre dijera nada, agregó—: Le llegará por correo dentro de unos días.

Se levantó y le dio la mano a C. en señal de despedida.

Y ésta será, aproximadamente y con las variantes que desee introducir el autor, la cronología del colmillo: esa misma noche le hicieron entrega del preciado objeto a la hechicera; lo habían extraído de una criatura de corta edad, aunque estaba ya para caerse; era justo lo que se necesitaba: un colmillo recién extraído, sin esperar a que se desprendiera solo, de modo que aún tendría un mínimo vínculo con el cuerpo que le había dado vida; aún dispondría de la papila dentaria que lo afianzaba a la mandíbula, seguiría teniendo el tejido pulposo de terminaciones nerviosas y riego sanguíneo que lo hacían tan indudablemente humano, vivo y añil; fue depositado con delicadeza en una orla de algodón, pulverizado con un preparado especial de olor fétido y enviado por correo en un estuche de terciopelo azul noche cuyo valor superaba con creces el del contenido. Al cabo de dos días le llegó a C., acompañado de una prosaica factura, el primoroso paquete; lo abrió y comprobó que el diminuto colmillo, gastadas las aristas y la punta, tenía sangre cuajada adherida a la raíz, y aún refulgía el marfil pese a tanto desgaste natural de la infancia; sin esperar más, C. lo llevó a un joyero para que se lo engastara en un colgante de oro purísimo. Cuando C. tuvo en su poder la joya acabada, se la colgó del cuello y no volvió a quitársela jamás.

Después de dedicar varias páginas a hablar del objeto, donde también podría mencionarse algo de la vida de C. si se quiere (aunque aquí se prefiere dejar esa sección a la sombra), se mencionarán, uno por uno, los seres a los que acudió a visitar y a quienes deseaba manifestar lo que de verdad pensaba. No se cumplió, no obstante, ninguna de las previsiones de C.

Valgan aquí dos o tres casos representativos, antes de llegar al clímax final.

Por ejemplo, la primera podría ser una mujer de la que creyera estar enamorado y a la que nunca se había atrevido a decir una sola palabra. La hora y el entorno bien podrían ser el atardecer y un jardín de jazmín y madreselva; en aquella inverosimilitud, C. pensó que el amuleto surtiría efecto y le permitiría expresar libremente sus sentimientos y confesarle a la otra su delirio. Sin embargo, se relatará cómo a la mujer aquella le dijo que, lejos de amarla, la detestaba profundamente y le lanzó toda suerte de insultos; ella huyó asustada y sollozante, y C. se quedó allí, solo y atónito, en el jardín

aromático, sin saber lo que le había impulsado a conducirse de semejante modo.

Otro ejemplo podría ser un hombre con el que estuviera enemistado, o, peor aún, quien hubiera entablado un inmerecido pleito contra él; C. quería expresarle su ira, acusarle públicamente, pero se quedó mudo ante la presencia del adversario; no era miedo lo que sentía, sino indiferencia.

O bien un tercero con quien hubiera tenido un grave altercado el día anterior y ante el cual C. también dio muestras de una asombrosa falta de interés, permaneciendo callado.

Tras estos casos se señalará que C. fue luego a ver a varios de sus parientes y amistades; a todos ellos les profirió terribles imprecaciones y les hizo gestos de inaudita hostilidad. Por las calles la gente pensaba que C. había perdido la cordura: saltaba y se arrojaba al suelo, les hacía muecas atroces a los transeúntes.

Y se llega ya al episodio final, en el cual C. ha de saber la verdad sobre sí mismo.

Encerrado en su morada, le sobrevino una fuerza brutal, sentía que algo se hubiera rasgado dentro de sí. Se levantó y se miró al espejo, aunque apenas se conocía: se describirá la lividez, aquel rostro contraído, las facciones descompuestas. En ese momento se le escapó, en voz alta, una larga sarta de increpaciones contra sí mismo, insultos, escarnios, improperios, palabras de ofensa. Se vio ultrajado, se humilló, se maldijo; profanó su más íntima dignidad. Comprendió, sin embargo, que pese a sentirse avergonzado de sí mismo, de alguna manera le deleitaba el despreciarse. Después de unos instantes se desplomó en el suelo, y allí permaneció en un estado de somnolencia hasta el día siguiente.

Y por fin la conclusión, que podría ser, en resumen, así: «Le despertaron los primeros rayos de sol que entraban por la ventana, era una luz primaveral y pura que todo lo desnudaba y que le iluminó el rostro. Recobró C. momentáneamente la lucidez y recordó lo que había acontecido la jornada anterior: jamás había sospechado que aquéllos hubieran sido sus verdaderos sentimientos, pero de algún modo los reconoció. El amuleto había cumplido su cometido y le había hecho hablar la verdad, sin más.

»Y C. decidió, con asombrosa ecuanimidad, que el hecho de que esa verdad fuera cruel, espantosa, imprevisible, era otro asunto, pues éstos eran calificativos de invención humana. Y se dijo que, después de todo, se trataba de una verdad que parecía pertenecer a otro, y es que así era efectivamente».

La llave

Hay circunstancias —cuando se hace el silencio de pronto, cuando emerge momentáneamente el sol en un cielo velado por nubes espesas— en que dudamos de la certidumbre de lo que nos rodea, y precisamente entonces se nos ocurre —como si no cupiera otra posibilidad— que todo podría haber sido nada más que invención nuestra desde el principio hasta el final. El relato a este efecto podría iniciarse de un modo sencillo (y para ello el estilo será igualmente minimalista: frase corta, se reducirá la adjetivación, descripciones lacónicas únicamente de lo plástico y no de la posible turbación percibida), con alguien que llegara a su casa tras un corto paseo, alguien que llama a la puerta, que llama y llama. Nadie abre, sin embargo. La mujer del relato está segura de que hay alguien dentro, y por ello golpea la puerta hasta casi desollarse los nudillos. Se le ocurre que es un día de festejos (en esa hora justa que estuvo fuera de casa han tenido tiempo los otros de preparar un festín en su honor). No habrá por qué especificar si el personaje ha salido sin llave o si la ha perdido. Recuerda, en ese momento, que encima del marco de la puerta hay otra llave; la mano busca a ciegas, pero es torpe y el objeto cae sin hacer ruido en el felpudo. Se hablará de la llave, de que es una llave del color del bronce y de que brilla; es una llave en exceso pequeña para abrir semejante construcción. Pese a todo, da con ella apenas una vuelta en el cerrojo y ya cede la puerta. Una vez dentro, se lee el mensaje escrito en un gran banderín que cruza el pasillo de pared a pared: FELIZ ANIVERSARIO.

Al entrar, sin embargo, hay un hedor no de celebración, un silencio de sala amortiguada, un vacío en el que sólo reverberan los colores en la penumbra. El personaje pasa del recibidor al pasillo y, de éste, al umbral del salón; se adentra en el último y de inmediato comprende lo que ha debido de suceder hace tan sólo unos instantes: los cuerpos horizontales e inertes, caídos unos sobre otros, boca abajo, con la espalda aún sangrante. Apenas puede ver los rostros, no sabe cuál fue su última expresión, no quiere verla; únicamente observa la figura de una mujer allí tendida, de cabellos negros como los suyos que le llegan hasta la herida del dorso y que están impregnados, como

mechas, de la sangre; únicamente le queda un perfil desdibujado por la sorpresa; sus ojos, que son los ojos del personaje, permanecen abiertos y aturcidos, pero ya nada admiten. En el claroscuro, la imagen de ese montículo de muerte es aún menos verosímil, sobrevolados como están los cadáveres por los globos de helio y las serpentinas de colores, flanqueados por las mesas con mantel blanco, con la tarta y los manjares, las golosinas, la sangría espumante.

La mujer sale a la calle, no sin antes cerrar la puerta y depositar la llave en su escondite. Y es entonces cuando le sobreviene toda la congoja; no sabe el porqué del crimen, si había alguna pista. Llega a un parque y se sienta en el césped, sin dejar de pensar en los posibles motivos. Concluye que ha de regresar a la escena del crimen, ha de volver para dar la voz de alarma, notificar a las autoridades.

Ya llega al blanco edificio y asciende los diez peldaños que separan la vivienda de la calle. Los dedos vuelven a jugar con el marco de la puerta y tocan algo áspero. La llave, ¿cómo es posible?, está oxidada, es del color de la arcilla, y apenas puede introducirse por la cerradura pues ahora es de un tamaño descomunal. El personaje tiene que hacerla girar con gran esfuerzo, dar dos vueltas al oxidado artefacto antes de que se suelten los resortes de la puerta. Al desplazarse, los herrumbrosos goznes emiten un ruido penetrante.

Una vez dentro, hay un aire ambarino, flotan aromas añejos, miles de motas de polvo se agitan por los finos conos de luz que se filtran entre las persianas. Los muebles son fantasmas de un pasado remoto, cubiertos de largos cortinajes blancos; en el suelo se acumulan los restos de cartas y periódicos, algún que otro utensilio de cocina y fragmentos de fotos de hombres y mujeres desconocidos. Las formas blancas lo son de un mobiliario que no corresponde al suyo. Allí no hay cuerpos exánimes; la muerte ahora es sólo de los objetos.

Sale ella nuevamente y deambula por las calles. Aquella ya no es su vivienda y no sabe adónde ir. Camina y camina, sin rumbo, durante mucho tiempo. Por fin se detiene; concluye que no hay más opción que regresar.

Y con el regreso, todo vuelve a ser como antes..., la fiesta del aniversario, el júbilo de la celebración, los globos de colores; y piensa en lo que pudo haber sido y no fue, en lo que quizá suceda algún día no muy lejano, en que tal vez sea conveniente no salir a la calle, por si acaso.

Una exhumación válida

Texto de una declaración oficial y transcripción de una petición de exhumación (la petición fue oral), que podrían ser de interés para el estudioso del lenguaje conversacional y los sentimientos colectivos:

«Ha muerto como morimos todos, sola; pero su soledad fue un hecho consumado tiempo atrás. Desde mucho antes era ya una mujer acabada, por lo que ahora lo único que terminan son sus días, y con ella quedará oculto por siempre el secreto de su verdad o falacia, según hablen sus seguidores o sus enemigos, pues era una persona de esas que no despiertan más que sentimientos contrarios, o admiración o rechazo (o incluso, al menos en mí, contradictorios, rechazo y admiración al mismo tiempo); y he aquí que se fue sin despedirse varios meses antes de morir hasta un lugar desconocido, y nada más nos legó que notas sin remitente y un amor depurado, por fin, de todo resquicio de pasión humana. Aquellas notas lograron sobreviviría porque seguían llegándonos una vez muerta ella, como fragmentos de lo que fue en vida, como un amago de permanencia (de qué manera logró enviarnos tales mensajes sin la mediación física jamás lo supimos, pero debió de ser gracias a algún cómplice que la veneraba más allá de la pregunta y de la muerte)».

En defensa de mi solicitud adjunto la anterior declaración que formulé cuando murió (o al menos, cuando supe a ciencia cierta de su muerte), mas he de agregar otra cosa: aunque no se quitó la vida, sin duda que su muerte la provocó ella misma con el deseo, que no la acción; y pese a su lucha por sostenerse, era requisito suyo la agonía, para ponerse a prueba, aunque en ello hubiera de invertir la vida; y es que la huida, les diré a ustedes, fue el precio que hubo de pagar por la ignominia pública a la que creyó verse sometida (se la acusaba, creía ella a ciegas y en su perturbación, de no haber hecho nada de peso con su vida, de haber equivocado el rumbo, desperdiciado el tiempo y el

talento; todo era fruto, naturalmente, del arrepentimiento propio de cuando las cosas están a punto de llegar a su fin); y se sumió en una impenetrable e incurable frialdad: era el resultado de haber caído en la trampa de la mortificación que le exigía su fe. Pero comprendan ustedes, señores jueces, que mi intento de explicar su muerte pierde vigor porque ha transcurrido ya tanto tiempo; y se dibuja en su lugar el remoto recuerdo de sus brillantes líneas, facciones indostánicas, ecuanimidad y buen juicio..., aunque asimismo fue mujer arrogante, creyente en la superstición y la estirpe, patricia y orgullosa, llena de iracundia, dedicada de lleno a la apariencia y a disfrazar el sentimiento. Y, sin embargo, todo esto que digo puede que sea equivocado, que se limite únicamente a la forma, que constituya tan sólo una aproximación, ya que, según insisten otras personas por lo demás ajenas al caso, yo no alcancé a llegar siquiera al umbral de conocerla; lo único que sí supe de seguro era que conservaba algo irreductible que no podía transferirme a mí, su heredera.

No, no estoy aquí para hablar de mi desconsuelo, ni para empequeñecerla, ni para erigir sus efigies. No, no, no. He venido aquí con un propósito definido, mi meta está ya pensada desde poco antes de su muerte, mi decisión es una: quemar sus huesos, quemar sus huesos. Prenderles fuego para que echen a volar las cenizas; que se las lleven los vientos. Abran la fosa y déjenme quemar lo que queda, para poner fin a la pesadilla que nos asola a cuantos la conocimos. Para zanjar la duda de cómo es ella ahora después de tanto tiempo. Para acabar con los interrogantes de si permanece quizás intacta por algún motivo sobrehumano. («¡Qué desperdicio de la tierra son la fosa y la veneración de los cadáveres! ¡Qué arrogancia la nuestra que nos creemos también necesarios transcurrido ya nuestro tiempo! ¡Qué hermosos monumentos de júbilo podrían levantarse en este sombrío lugar!...», tales eran las observaciones que se le oía manifestar de continuo antes de su desaparición y en el transcurso de sus frecuentes paseos por el camposanto próximo a donde vivíamos y donde luego habría de ser enterrada.) Me preguntan ustedes si ella habría querido hallar el sosiego con el calor de las llamas; y yo les contesto que el fuego es preferible a la tierra, pues ella, siempre lo decía, era una criatura del aire.

Solsticio

Fragmentos de una conversación oída en una población lejana a la ciudad; en este diálogo podría basarse un relato o crónica sobre costumbres arcaicas o en desuso, pero que, de alguna manera y para exponer que las cosas poco cambian con la prosperidad o la instrucción, siguen hoy vigentes:

«... en ciertas zonas de ese condado, páramos desiertos, brezales desabrigados, cielos rasos, vientos poderosos, existió (y hay quien dice que sigue existiendo) un derecho que se remonta a varios siglos atrás, en virtud del cual todo aquel capaz de construir una casa de sol a sol, y de la cual saliera al ocaso humo de la chimenea, tendría derecho no sólo a vivir allí, sino también a disfrutar del usufructo de los fecundos pastos circundantes que llegaban hasta el mar, para alimentar a los rebaños, de tenerlos. Hasta hoy sólo lo ha conseguido una persona...

»... desde las tierras altas de la punta más septentrional de aquellos hoscos lugares, llegó un día una mujer perseverante, sabedora de este derecho cuyo conocimiento le había llegado a través de un curandero ambulante que lo vendía (esto es, el secreto y la manera de solicitar su reconocimiento) por dos monedas de plata. Aunque bastarda, la mujer tenía sangre del norte por lo que era pragmática y suspicaz. Decía que era viuda, aunque en realidad su cónyuge la había abandonado para embarcarse en una nave que le prometió tierras nuevas y lejanas, y que se llegó —mientras padeció de unas fiebres— a las Américas, tierra que hasta la muerte creyó que era una ínsula galesa, pese a que repetidamente intentaron convencerle de que no era así.

»... aquella mujer se había ilustrado a sí misma, decía, en el arte verdadero de conmensurar las cosas, y por ello medía el tiempo con el espacio y el espacio con el tiempo. La marcada lentitud de sus movimientos contrastaba con el ajetreo de los demás mortales; se movía muy despacio porque había comprendido que así se dilataba la existencia. Para ella el tiempo se prolongaba o contraía a voluntad, era un elemento maleable como

el mismo barro con el que habría de construir su casa; por el tiempo, se decía, cabía trazarse un itinerario de muchas leguas que habría de llevarnos a parajes asombrosos. Y así fue como se propuso edificar su vivienda, describiendo en el tiempo varias habitaciones, recámara, pasillos, con ventanas, puertas, escaleras y granero...

»“... el solsticio de verano”, se dijo. “Ése será el día señalado...”.

»... llegó a los páramos de noche y pasó a recoger en la aldea el permiso sellado, y que ella, a su vez, marcó con una cruz griega. Y ella sola se dispuso a construir su casa...

»... aquel día, el más largo de todos los del año, sucedió el milagro. Doce horas más tarde había una vivienda de adobe. Y otras doce horas después ya salía humo por la chimenea. La mujer había triunfado. Desde la casa se dominaba el mar de cobre al otro lado del páramo...

»... y se le concedió la propiedad de la casa...

»... pero no de los pastos circundantes. Se debía a una razón sencilla: no tenía rebaños. Así pues, era propietaria de su vivienda, pero no era dueña del camino que a ella conducía ni de los terrenos que la circundaban.

»No podía abandonar su casa; no tenía derecho alguno sobre la ruta que la comunicaba con el mar, por un lado, y con la aldea y los bosques, por otro. No podía más que mirar por las muchas ventanas que había construido.

»Ese camino se declaró vía abierta a los que ostentaban un permiso público, y los pastores atravesaban con sus rebaños aquel páramo pasando por delante de su casa; por allí pasaban en verano y en invierno, a todas horas, en cualquier momento...

»... pese a sus protestas, se le manifestó que aquello no era injusticia, sino asimismo otro derecho. Tal era el derecho de quienes poseían rebaños de animales. Para tener conocimiento de ese derecho había que pagar cinco monedas de plata, tener rebaños y querer llevarlos hasta los pastos de la costa, donde crecían, en abundancia, el hinojo marino y la aulaga...».

El caballo alado

En algún momento dado, cualquiera, por necesidad o por un entusiasmo excesivo, es capaz de inventar un mito, darle vida, nutrirlo; hasta podría mencionárselo a otros, y si éstos también tienen fe en esa particular creación, tal vez el mito (un homúnculo, una criatura fantasmagórica) podría existir de verdad ante los ojos de unos cuantos (para determinar su autonomía habría que constatar si también el mito fabricado es capaz de crear, a su vez, a otro ser). Pero no basta con creer en el mito para que sea real, no basta con la fe para que también otros puedan verlo; hay que saberlo todo del mito, hay que responder a todas las preguntas que suscite su existencia.

El personaje de este cuento llevaba ya semanas soñando con los caballos alados; leyó cuanto pudo sobre esa figura mitológica. Y así fue como, cuando tuvo conocimientos suficientes, se inventó uno sin saberlo: un caballo que era a la vez un hombre.

Todo empezó con un error, como empiezan todas las pesadillas. Viajaba de noche a un lugar de reposo, pero tomó un tren equivocado (alguien le informó mal de los horarios, o puede que ella subiera a otro tren que no era el suyo, pues había sido tanta la emoción del viaje; estaba convencida de que durante el mismo le serían revelados o los misterios del pasado o las incógnitas del futuro).

Cuando a la mañana siguiente despertó, no sólo estaba en una ciudad desconocida, sino que había cruzado dos fronteras. Llegó a un país que no sabía siquiera que existía.

Al comprender el error, intentó informarse de los trenes de vuelta, pero no entendía el idioma de aquellos habitantes. Finalmente encontró, en esa estación de destino, a alguien —parecía una persona en posición de autoridad— que tenía conocimientos elementales de su propia lengua.

El funcionario le dijo —con frases rotas— que no había un tren de vuelta hasta pasados varios días, pero que, como muestra de hospitalidad y dado que allí llegaban pocos visitantes, las autoridades le costearían la estancia en un hotel de la ciudad.

Y así fue como la condujeron a un antiguo edificio, que hacía las veces de hotel y de almacén de provisiones para el ejército. Como aquél iba a ser un viaje de descubrimiento, según se había propuesto, se dejó llevar por el azar.

Estaba convencida de que allí —una ciudad apartada en la que se encontró por casualidad al tomar un tren equivocado— la había llevado el destino, de modo que miraba incesantemente en todas direcciones por si había signos ocultos. Observaba el desvaído esplendor del edificio, la escueta ornamentación —no había piezas de valor, sólo objetos útiles—, los huéspedes cuya expresión delataba que procedían de muy lejos y que allí seguramente se hallaban para el comercio de artículos militares o trámites burocráticos, los soldados que entraban y salían del edificio con cajas y bultos.

Sentía, de algún modo, que la revelación estaba muy próxima y vio de pronto, a la entrada del viejo edificio, una estatua de madera sin pulir, de un pequeño caballo alado sobre un pedestal de mármol.

Había un anciano recepcionista que no sabía más que su propio idioma; casi de continuo sorbía un vaso de té que de vez en cuando depositaba en un platillo plateado. El anciano, que se había rociado con esencia de almizcle para esconder su hedor y el de la recepción, le entregó una llave y ella subió a su habitación; se quedó dormida inmediatamente.

A la mañana siguiente bajó al salón de té para desayunar. Los camareros apenas levantaban la vista cuando pasaban por su lado a toda prisa, portando bandejas de vasitos de cristal tallado llenas de un té humeante y muy oscuro, y pequeñas vasijas de frutas en compota. Finalmente y sin cruzar palabra con ella, le sirvieron lo que servían a todos los huéspedes: además de té, varias fuentes pequeñas con viandas de colores —sólo algunas eran reconocibles.

Casi sin tocar el desayuno, se levantó y se dirigió a la recepción. Allí estaba el anciano recepcionista —una vez más sorbía té ruidosamente. Ella señaló un plano de la ciudad que se hallaba expuesto en una vitrina junto al mostrador, a fin de que el otro le hiciera alguna indicación sobre los trayectos que podían seguirse. Se lo dijo con gestos y muecas; el recepcionista le hizo entrega del folleto, pero esbozó una sonrisa difícil de descifrar para un extranjero. Decidió interpretar ella misma los itinerarios y conocer la ciudad por su cuenta, y así fue como emprendió la primera etapa de su recorrido.

Salió a una plazoleta de edificios altos y modernos, y por allí bajó por callejuelas empedradas hasta una parte muy distinta de la ciudad. Al doblar una esquina descubrió el centro urbano que había existido hacía cinco o seis siglos y, al doblar otra, la aldea que existió hace más de diez. Las casas más

antiguas eran de madera, con amplias azoteas; pese a su antigüedad y a que muchas estaban en ruinas, en ellas vivían aún las familias. Según el plano, estaba a punto de llegar a un bazar.

Aquella ciudad había ido creciendo a partir de un núcleo central; en excavaciones abiertas al público contempló los restos de civilizaciones aún más remotas. En uno de aquellos emplazamientos vio una primigenia construcción en ruinas, que debió de ser un palacete o un templo y cuya puerta estaba vedada; sobre la puerta aún podía admirarse la imagen esmaltada de un caballo con alas.

Era temprano y apenas caminaba gente por las calles; pero, cuando llegó al bazar, se habían congregado los primeros transeúntes; los puestos de frutas y verduras estaban tendidos y había ya cierta algarabía. Al aparecer de pronto ella en la plaza, cesó momentáneamente el ruido del trueque y regateo, y casi todos, comerciantes y compradores, vestidos de blanco y de negro, se volvieron hacia ella intentando ocultar el espanto, las mujeres, y la sorpresa, los hombres. Ella no lo comprendió al instante, pero recordó la sonrisa tal vez maliciosa del recepcionista. Era una mujer no acompañada, extranjera, en una ciudad en la que tales circunstancias eran una grave infracción.

En eso estaba cuando miró de frente y vio al que debía de ser el ayudante del recepcionista. Sin darse cuenta había regresado al hotel, como si hubiera sido capaz de olfatear instintivamente su propio rastro y, sin más, desandar lo andado. Era un hombre joven que sonreía y que le hizo entrega de la llave de su habitación. Subió a su cuarto, y se quedó varias horas tendida en la cama; si dejó pasar suficiente tiempo, verá una solución, pensaba. Cuando se levantó sin haber concluido nada, se sentía abatida.

No había nada que hacer, mirar por la ventana el cielo luminoso, pasearse por la habitación. Caminando de un lado a otro, de una pared a otra, permaneció hasta la tarde. Bajó a la recepción y de nuevo allí se hallaba el joven recepcionista.

Ella estaba de espaldas a la luz, pero a él le daba de lleno en el rostro, y el cutis céreo y de prieta barba le brillaba; tenía largas pestañas negras y los ojos de un color indefinido. El joven estuvo un buen rato sonriendo, y luego se dio la vuelta en la silla giratoria, se incorporó y extrajo de la vitrina una decena de folletos descoloridos —seguramente publicados hacía muchos años— sobre las maravillas de aquella su ciudad. Le mostró el acopio de información como si estuviera descubriéndole un antiguo tesoro. Ella tomó los folletos —sin intercambiar palabras, pues ninguno hablaba el idioma del otro, ni siquiera un tercero— y subió de nuevo a su habitación.

Se entretuvo más de una hora ojeándolo todo. Bajó hasta la recepción y, de nuevo allí, encontró al anciano bebedor de té. Quería preguntarle dónde estaba el joven, pero no podían comunicarse: no sólo sus lenguas eran apartadas y no tenían nada en común, sino que hasta eran opuestos los gestos de las manos y las expresiones faciales.

Entonces el anciano le señaló una puerta a su izquierda. Allí se dirigió ella, sin querer mirar al viejo para no ver la expresión de sorna que se le antojó que debía de tener. Entró en la oficina y al cabo de escasos instantes llegó el muchacho, que musitó algo en su idioma y se dispuso a ordenar un archivador desvencijado, colmado de formularios y papeles. Cuando ella le hizo entrega del folleto, él la tomó de la mano y salieron los dos del hotel; habría querido despedirse del anciano, pero no lo vio.

En una calle adyacente había aparcado un automóvil extranjero, de color amarillo intenso, mellado y sin lustre. Sin pensar, entró ella en el vehículo, y él se sentó al volante. La marcha era desigual y se movían atropelladamente, pero en aquel vehículo merodearon por aquella ciudad costera de geografía ingrata; era una población innecesariamente sucia y en constante movimiento.

El muchacho le mostró los numerosos hitos de la ciudad y de un mar aún impoluto. Había una calina irisada que, enfrente de donde estaban, envolvía los islotes próximos al litoral.

Durante todo este tiempo apenas hablaron. Además, de nada habría servido; se comunicaban con dibujos en pequeñas servilletas de borde azul que el muchacho había traído consigo del hotel. Fueron al puerto y vieron cómo zarpaban los botes pesqueros; desde el muelle contemplaron el crepúsculo.

De pronto volvieron a estar delante de la estatua del caballo alado a la entrada del hotel; ella no recordaba nada del camino de regreso. Como el muchacho vio su sorpresa, nuevamente con gestos le narró una historia. Y esto es lo que ella interpretó: cabalgando en un caballo alado ascendió un profeta a los cielos, y por eso el nombre del caballo es también un nombre de varón y no constituye sino un gran honor llamarse así; y el joven se puso la diestra sobre el pecho; ella comprendió que ése era su nombre.

Habían regresado muy tarde; en ese momento no encontraron a nadie en la recepción, ni siquiera al anciano bebedor de té, de modo que cuando ella estaba a punto de subir a su habitación, él la detuvo y le pidió con gestos que bajase con él al sótano.

El muchacho vivía en un cuarto de paredes vacías, con un diván de colcha moteada y una silla donde se había acumulado la ropa de la semana; era un

recinto sin ventanas y sin apenas luz, y no obstante olía inexplicablemente a jabón; deseaba tenerla junto a sí, y ella accedió, no porque sintiera una necesidad ineludible, sino porque pensó que, tal vez, en aquel encuentro podría hallar la revelación que —pensaba— iba a producirse de un momento a otro.

La unión fue breve y torpe, pues el muchacho —pese a su juventud— se asfixiaba con el enardecimiento.

Al cabo de unos instantes el hastío se apoderó de ella. Se levantó, decidida, a marcharse a su habitación. Antes de salir, volvió a olfatear el jabón, pero ahora también había cierto aroma a almizcle.

Siguieron cinco días en aquella ciudad; de día visitaban los palacios en ruinas, las murallas caídas, los diminutos comercios en los que se ofrecía la misma artesanía o servicio desde hacía siglos. Y todo esto lo hicieron sin pronunciar palabras inteligibles. Se servían de sonidos sin articular y de mímica.

De noche, ella se despedía de él casi con brusquedad (no estaba dispuesta a repetir el incidente de la primera noche), pese a que el otro pronunciaba, como en un ritual, una letanía de ruegos incomprensibles, manifestados con gestos ampulosos y graves que poco tenían que ver con la espontaneidad y simpleza del muchacho.

El último día, muy temprano de mañana y antes de partir, fue a verle por última vez. Bajó a la recepción: allí estaba el anciano recepcionista, aún más desvaído, tomándose el té con ruidosos sorbos. Le ignoró y se dirigió hacia la puerta de la oficina, pero el viejo se lo impidió. Ella le empujó a un lado sin gran esfuerzo y, al tocarle el enjuto brazo, comprendió que algo debía de estar consumiendo a aquel ser. Entró en la oficina, pero sólo había dos mujeres que tecleaban antiguas y ruidosas máquinas de escribir.

Entonces percibió que el viejo recepcionista la observaba con distinta intensidad. Decidió bajar corriendo las escaleras hasta el sótano. Se dirigió por el largo pasillo bajo el hotel a la habitación que ya conocía. Al llegar vio una línea de luz bajo la puerta. Intentó abrirla, pero el pomo no cedía y, sin más, se puso a golpearla gritando el nombre del muchacho. La puerta, entonces, fue abriéndose poco a poco.

Dentro estaba el viejo recepcionista. Ella entró y lo miró con asombro; él bajó los ojos, azorado. El hedor era espantoso. Efectivamente, aquélla era la habitación; no, no se había confundido; no había ventana, las dimensiones y la ubicación eran las mismas, pero abundaban las ropas sucias y las cajas de cartón llenas de peculiares artefactos y recuerdos, y había muebles

descoyuntados que saturaban el espacio hasta el punto de que apenas se podía circular. La única iluminación era una bombilla que pendía del techo envuelta en una gasa mugrienta. Las paredes estaban recubiertas de viejas fotografías y de recortes de periódicos. En el centro había una diminuta mesa baja y encima de ésta la estatua de un caballo alado, una versión en miniatura de la que adornaba la recepción.

El anciano señaló la estatua con el índice.

El pegaso diminuto es de argamasa pintada de colores brillantes. Ella observa con curiosidad la estatua: las alas están hechas de ovals imbricados, cincelados para emular la pluma de ave. Cada oval se ha pintado de un color distinto. El caballo está a punto de tomar el vuelo y apoya una pata trasera aún en tierra. Ella se pone en cuclillas para estudiar la escultura con gran detenimiento, y se da cuenta de que aquel caballo posee una expresión de desamparo, una mueca casi humana. Los ojos los tiene de color pardo, y están ribeteados de enormes pestañas; la boca del caballo entreabierta, a punto de articular algo. Y contempla la estatua con detenimiento, la estudia desde distintos ángulos, la compara con la estatua de la entrada al hotel, cuya imagen conserva con todo detalle en su mente; recuerda que la otra es muy antigua y la madera está ya carcomida, en tanto que ésta fulgura como nueva, hasta parece, increíblemente, que esté recién esmaltada. Por algún motivo que no acierta a entrever, ya no se siente tan agitada como al llegar a la habitación.

Levanta la vista y comprende que debe de llevar allí ya mucho tiempo. El anciano recepcionista contrae aún más los ojos al mirarla, como si no fuera capaz de verla; sonríe con candor, como no le había visto ella sonreír hasta entonces. Es una sonrisa que le recuerda a alguien.

Y entonces vuelve a examinar la habitación: aquel desorden de mobiliario y utensilios; aquellas fotos fragmentadas, los amarillentos recortes de periódico. Se incorpora y se acerca a una de las paredes. Se queda sin respiración.

Allí, en aquellas fotos ennegrecidas, aparece una y otra vez el muchacho. Rodeado de gente; junto al mar, en las calles. Las fotos se caen a pedazos y están fijas a la pared con chinchetas oxidadas. Y luego examina los recortes de periódicos. No entiende el texto ni los titulares, pero en las fotografías de los recortes, apenas distinguibles, se vislumbra a un muchacho de pie sobre un caballo blanco..., un caballo blanco y alado. Parece, piensa ella, un circo o una feria; pero también es posible, se dice, que el caballo de la foto esté volando.

En ese momento, el anciano, con toda suerte de muecas y palabras sueltas, le da a entender —pero es posible que esté interpretándolo yo mal, se dice ella— que hubo, hace medio siglo, un muchacho que sobrevolaba la ciudad con su caballo alado todas las noches, y que tal acontecimiento lo recogió la prensa de la época y, desde ese mismo hotel que entonces era un palacete o una mansión de renombre, hasta se tomaron deficientes fotografías de aquel insólito fenómeno.

Ella mira de nuevo la mesa donde descansa la escultura policromada del caballo alado. Vuelve a observarla unos instantes, y entonces pregunta al anciano, con la intensidad del gesto, dónde está el muchacho; señala las fotografías, señala el desorden de aquella habitación. Y él se echa a reír; prorrumpe en carcajadas que hacen temblar aquel cuerpo escuálido. Ella se dispone a salir; no sabe siquiera cuánto tiempo lleva allí, pero ahora tiene que irse, abandonar aquel lugar, llegar cuanto antes a la estación. El anciano recepcionista le abre la puerta, aún temblando de la risa.

Entonces ella se da la vuelta y lo mira de frente. Y decide hacer una cosa más: levanta la mano y le sujeta el rostro; lo gira hacia la tenue bombilla. El otro se muestra del todo dócil y permite que ella le escudriñe: las profundas líneas de la frente, oblicuas y grises, las arrugas pronunciadas de las comisuras, las cejas caídas y blanquecinas, la blandura de las mejillas, la cabeza desnuda, el color cremoso de su piel; vuelve a constatar que aquel hombre ha de estar muy enfermo. El anciano observa el suelo, pero ella le levanta con las dos manos los párpados y mira con atención, con sorpresa, el color de los ojos. Efectivamente, son pardos, con pestañas muy largas. Y a continuación, con las manos extendidas, le estira hacia atrás de la piel de las sienes y de las comisuras a fin de rejuvenecerle momentáneamente. Comprende finalmente quién es.

Él se suelta del abrazo, y le señala, sin ninguna ceremonia, su reloj. Salen en silencio de aquel cuarto y regresan a la recepción. Una vez allí, entran en la oficina, y el anciano ordena con un áspero gesto de la mano que se marchen las dos mujeres. Están solos. Ella ya no puede decir nada más, ni comprende ni es posible que llegue a comprender; sólo sabe que por fin va a producirse la revelación que desde hace tanto tiempo ha estado esperando.

El hombre habla y habla, en su propia lengua, le da toda suerte de explicaciones. Ha mudado de expresión; le han desaparecido el mirar alevoso y la sonrisa, y se muestra suplicante, condescendiente. Esta vez no se sirve de los gestos, sino de su propio idioma únicamente, que recita más que habla, diciéndolo todo con gran solemnidad; y ella escucha embriagada aquella

retahila de largas y sentenciosas frases en una lengua desconocida. Pero nada entiende, nada vislumbra en aquel marasmo de sonidos vocálicos imposibles y consonantes insospechadas.

Querría escribirlo todo, querría tener constancia de aquel acto prodigioso. No son una quimera ni el caballo alado, ni las repentinas mudanzas del tiempo o del espacio, ni las maravillas o los actos divinos que, por lo grandioso de la voz, seguramente está relatándole el anciano. Pero ella nada puede atisbar de los secretos que van siéndole revelados uno a uno.

El anciano finalmente baja los ojos a modo de despedida, y ella comprende que ha de irse; le mira como si se llevara el secreto de su memoria, pero no es así, y el otro, por supuesto, lo sabe y con expresión de indulgencia echa hacia atrás la cabeza y vuelve a bajarla; ella desconoce que en aquella cultura tal gesto no significa «sí», sino «no».

Ya en el tren, vuelve a ver la ciudad desde lejos, como un pequeño laberinto de perfil serpenteante; no regresa, sin embargo, con las manos vacías. Le ha sido revelado el futuro, aunque de una manera tan inextricable como la propia duda con la que inició su viaje. En cierto modo, se dice a sí misma, la respuesta es aún más incomprensible por su presencia que por su ausencia.

Ella misma llegó a esculpir una rudimentaria estatua de un caballo alado, que retoca y pinta un poco cada día; es un caballo de vivos colores, con ojos pardos y gesto de aprobación.



ISABEL DEL RÍO nació en Madrid en 1954. Es licenciada en ciencias de la información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha repartido su tiempo entre su ciudad natal y Londres, donde reside actualmente y trabaja como traductora en la Organización Marítima Internacional de las Naciones Unidas. Ha realizado traducciones para editoriales, tanto españolas como británicas. Ha colaborado asimismo en la confección de cursos de español para la BBC, y trabajado como locutora y periodista en la Sección Española de esta emisora, encargándose de los programas de «Artes y Letras». *La duda* quedó finalista en el I Premio Nuevos Narradores y es el primer libro de ficción publicado por Isabel del Río, aunque escribe desde hace años, sobre todo poesía. Nos llamó la atención ante todo por su arriesgada originalidad, ya que propone un acercamiento a la narración breve muy personal, muy novedoso y, sin duda, insólito en el panorama de la narrativa española actual. En la actualidad prepara una novela y otro libro de relatos.

Isabel del Río
LA DUDA
∞



Lectulandia